

Gato por liebre

Eduardo García Pérez

El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Cecilia Belchí Arévalo, presidenta; Concha López Díaz, Lourdes Ortega Puche, Martín Martí Hernández y José Manuel Vidal Ortuño, secretario.

Eduardo García Pérez
I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche".
Diseño colección: Victoria Carpena.
Imprime: Yecla-Grafic, s. 1.
I.S.B.N: 84-922411-0-1.
Dep. Legal: MU-151-1997.

SUMARIO

| | |
|--|----|
| 1. El color pudoroso de las amapolas tiernas | 5 |
| 2."Eres un granuja de tomo y lomo" | 19 |
| 3. El chocolate de los canónigos | 33 |
| 4. Y del sexto, ¿qué? | 41 |
| 5."Menudo pelmazo es este tío" | 49 |
| 6. Sic transit gloria mundi..... | 65 |

1. El color pudoroso de las amapolas tiernas

-¿Cómo está Su Excelencia Reverendísima?

La verdad es que a mí, personalmente, siempre me han empachado y me han repateado las excelencias reverendísimas. Pero no quise cantar fuera de coro. Así es que dije sin pestañear:

-Mi excelencia reverendísima está perfectamente. ¿Y su Señoría Ilustrísima?

Don Martín Cabila, alcalde de Rajatila, se puso tan nervioso como un flan de nueve pisos. Nadie le había puesto en guardia contra los desafueros episcopales. También los obispos, llegado el caso y, por supuesto, sin caer en excesos, tenemos nuestro legítimo derecho al efímero placer de la ironía. Lo triste del caso fue que mi impertinencia reverendísima le cortó la hebra a don Martín. O tal vez la digestión. No supo cómo proseguir.

-Siéntese -le dije. Y se lo dije rebozando la invitación con una sonrisa de almíbar, larga y diáfana, estirando los labios hasta la cepa de la oreja. Fue inútil. Mi ilustre visitante, antes de entrar en harina, había ya perdido los papeles. No sabía dónde poner las manos. Temblaban sus labios como lentejuelas en corpiño de alpina protuberancia. Sus piernas se movían bajo la sacudida de un seísmo imaginario de 8,8 grados en la escala de Richter.

-Siéntese, siéntese -insistía yo-. Hágame el favor de sentarse, don Martín.

El pecho de Martín Cabila se inflaba y se desinflaba, sometido como estaba a un ejercicio no deseado de aspiración e inspiración incontrolada. Transcurrieron uno, dos, quizás tres minutos de suspense. Recuperada al fin la normalidad del tráfico respiratorio, el ilustre regidor de la villa de Rajatila aupó el iris de sus ojos hasta la frontera del párpado superior, sostuvo la mirada como la Dolorosa de Salzillo, dejó caer sus brazos como un muñeco de trapo y, con un

gesto de impotencia absoluta, balbuceó.

-Perdone, excelencia. ¿Hay un retrete por aquí cerca?

Tenía la cara del color de la cera. Lo cogí del brazo, le presioné afectuosamente para descargarle el sofoco y, saliendo ambos por la puerta del fondo del salón, yo mismo, como un lazarillo de emergencia, lo conduje hasta un lugar menos santo. Lancé fervientes jaculatorias al cielo y pedí a la omnipotencia divina unas migajas de compasión para aquella doliente humanidad. Cerró él por dentro, y mi mano derecha, articulada por la inercia de veinte años de mitra, trazó una cruz desgarrada en el aire. Mis labios, supliendo tal vez los suyos, instintivamente, sin ton ni son, dijeron:

-Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam et secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam.

Me mantuve a una distancia prudencial, discretamente apartado del epicentro telúrico. Pasado el tiempo preciso, y amainado que hubo la tempestad, regresamos al salón del trono a enhebrar nuestra pedregosa conversación. No fue tarea sencilla. Su doloroso "handicap" le había mermado ostensiblemente las facultades. Tal vez temía don Martín que un nuevo nubarrón volviera a romper su efímera paz fisiológica.

Quise, pues fortalecer su ego, reavivar su fe en sí mismo, alimentar su esperanza, elevar su espíritu, levantar su ánimo, insuflar energía a su voluntad, ¡qué sé yo! En contra de todo protocolo y contraviniendo las ordenanzas sinodales, saqué un paquete de celtas cortos y le ofrecí un cigarrillo. Eran otros tiempos.

-Tenga, fume.

Sorprendióle a don Martín tan cutre ofrecimiento. Parecióme confuso. ¿Cómo podía él imaginar que yo, a la hora de fumar y a pesar de mi episcopado, tengo legítimo derecho a preferir los celtas? Hundió él su mano temblorosa en el bolsillo de la chaqueta, sacó un paquete de cigarrillos americanos y dijo:

-No, excelencia: no, reverendísima. Fume, fume de éstos. Los ha comprado el secretario del ayuntamiento precisamente para la ocasión. No son de contrabando. No hay nada que atente contra la

moral y las buenas costumbres.

-Pero usted, don Martín..., ¿usted fuma de esos cigarrillos?

-¿Qué va, señor obispo! Yo fumo siempre picadura selecta, ¿sabe usted?, pero no me pareció conveniente venir aquí con ese tabaco. Me han dicho que usted es un buen fumador. Y un buen catador de vinos, por cierto.

Le agradecí el dudoso honor del piropo, aunque debo dejar sentado, para no escandalizar a los pequeñuelos, que la referencia al vino era a todas luces inmerecida. Para no ir contra los intereses públicos, don Martín y yo fumamos del paquete americano a fin de colaborar, bien que modestamente y a título meramente privado, al fortalecimiento de los lazos hispano-norteamericanos. Dimos varias chupadas a los cigarrillos. Vagaron sobre nuestras cabezas las nubecillas mestizas del humo blanco. El alcalde de Rajatila daba signos rampantes e inequívocos de recuperación. ¿Quién puede, pues, albergar un átomo de duda sobre la alta y nobilísima función social del tabaco? Le dije:

-Bueno, don Martín, bajemos a la cruda realidad, al surco de lo cotidiano. Usted me dirá en qué le puedo ser útil. Y, por favor, trátame de usted. Deje eso de "excelencia reverendísima" para ocasiones más solemnes.

-Es un asunto un poco desagradable, señor obispo. Me gustaría contárselo con palabras que no pudieran ofenderle.

-¿Ofenderme? ¿Ha dicho ofenderme? Usted no se preocupe, le dije. Y le di unas palmaditas en el hombro-. Llame a las cosas por su nombre. Al pan , pan. Y al vino, vino. Yo no me asusto por nada. ¿Cree usted, don Martín, que a estas alturas de la vida, aún queda algo que me pueda sorprender?

Y comenzó a desembuchar.

-Usted sabe que la patrona de Rajatila es la Virgen de la Candelaria y que la fiesta principal del pueblo se celebra todos los años el día dos de febrero.

-Pues sí, lo sabía, lo sabía. ¿Cómo no lo iba a saber? El nombre de Rajatila está bordado con letras de oro en la funda de la almohada de mi cama.

-Una de las cosas que se hacen el día de la Patrona consiste en que todos los hombres y todos los mozos de Rajatila nos vestimos de indios americanos, pero no como esos indios que salen en las películas del Oeste, ¿sabe usted?, sino como unos indios que, según dicen, hay en la república del Perú. Ese día nos pintamos igual que se pintan esos indios y así vamos a misa, a la procesión, a la novillada y al baile. Nos vestimos de indios cuando los gallos pregonan el clarear de la fiesta y nos quitamos la vestimenta bien entrada la madrugada del día siguiente. ¡Tenía usted que ver cómo disfrutaban los niños del pueblo y los forasteros que van a nuestra fiesta!

La ceniza del cigarrillo de don Martín había alcanzado la dimensión exacta para quebrarse y desprenderse. Le señalé el cenicero y dije:

-Nada de cuanto usted me está diciendo tiene nada de malo. Al contrario -dije, y sonreí, extendiendo los brazos como las aspas de un molino de viento, para ratificar mi esponjosa disposición a escucharle-, me parece una manera linda, muy linda, lindísima, de honrar a la Patrona.

-Eso mismo creíamos nosotros, señor obispo. Todos los curas que han pasado por Rajatila lo han visto bien, sin remilgos de ninguna clase. Y hasta se cuenta que hubo uno antes de la guerra, un tal don Bernardino Pareja, que se vestía también de indio y se mezclaba así con los hombres del pueblo. No es que se pusiera a hacer el indio, compéndame usted. Es que se vestía de indio. Debía de ser un tío con dos pares de cojones.

Temblaron los muros del palacio mío ante el estruendo de tal palabrota.

- ¡Señor alcalde...! - exclamé yo, al oír tamaña profanación del sagrado recinto episcopal.

El rostro de don Martín Cabila tiñóse tiernamente del color pudoroso de las amapolas trigueras. Extendió la mano hasta el cenicero. Despanzurró la colilla. Evacuó la tensión por las yemas de los dedos. Tosió in crescendo, como si las toses las llevara ensartadas en un hilo invisible. Apoyó el codo en la rodilla. Inclino la cabeza. Se cubrió el rostro con la palma de la mano. Compungido, mirando al

suelo, dijo:

-Perdón, perdón y perdón.
-Siga usted. Peccata minuta.
-¿Cómo dice?

-Digo que "peccata minuta", que no tiene importancia, que palabras vanas, cáscaras de avellanas.

-Hubo quien criticó a don Bernardino por esa acción, pero la mayoría de los parroquianos lo vieron bien y lo aplaudieron, porque él bajó a la iglesia con su sotana y sus zapatos de charol y ofició la santa misa como Dios manda. La ropa de indio sólo se la puso para asistir al baile y a los toros. Al menos, eso es lo que cuentan los viejos de Rajatila.

Detúvose aquí don Martín para tomar aliento. Dedujo, no obstante, por la insistencia con que se pasaba la mano por la frente, que sus ideas habían retrocedido hacia la despensa de su cacumen e intentaba sacarlas a la superficie con persistentes y trémulos masajes.

-Siga usted, don Martín, no se pare, que, por lo que parece, nos vamos acercando al meollo de la cuestión.

-Pues resulta, señor obispo, que el cura nuevo que usted nos ha mandado, don Simón Montesinos, también conocido como don Gruñón Matavecinos, armó una escandalera de padre y muy señor mío el día de la Patrona y anunció que hogaño no habría misa ni procesión si los hombres y los mozos de Rajatila acudíamos a la iglesia con la vestimenta de indios.

Me soltó esta última parrafada sin mirarme a la cara. Estaba un poco avergonzado el alcalde de Rajatila. Conforme se acortaba la distancia para arribar a la pista del aterrizaje final, sus nervios se crispaban como los zarzales en noviembre. ¡Oh, cielo santo! ¡Oh, deleznable flaqueza de la condición humana! Con las uñas de la mano derecha comenzó a sacarse el luto de las uñas de la mano izquierda. (Lo que mis ojos vieron, eso es lo que refiero. No más.) Se percibían a flor de piel los agujonazos del sistema nervioso. El buenazo de don Martín volvió a perder la hebra de su relato. Los músculos de sus mejillas temblaban como la papada de un sapo en celo.
-No se excite, usted -le dije para reanimarlo-, no se excite. No

hay prisa ninguna... Estoy acostumbrado a estas cosas.

Encendimos, cómo no, otro cigarrillo americano. A pesar de su excelente filtro, que a duras penas dejaba pasar el sabor y el humo, el alcalde no hacía más que quitarse de la punta de la lengua imaginarias partículas de tabaco. Los nervios se lo comían.

-Es que me da vergüenza contarle lo que ahora viene.

-¿Vergüenza? ¿Quién dijo vergüenza? ¿Por qué? Cuénteme las cosas como son y no se preocupe de más. ¿No ve usted que ya soy viejo? Estoy curado de espanto. El que dice la verdad alaba a Dios. Además, don Martín, cosa buena y provechosa es sentir vergüenza. Más vale vergüenza en cara que mancilla en corazón.

Ahí me convencí yo de la fortísima -y agradecida- garra coloquial que tienen los refranes, los proverbios, las máximas, lo adagios y los aforismos entre las gentes honradas de los pueblos. Si los gerundios son bálsamo de Tolú para los escritores de tronío, a fe mía que un refrán, invocado a tiempo, es un laxante para el estreñimiento cerebral de los espíritus sin doblez. Don Martín Cabila, alcalde de Rajatila, sin tomar carterilla, se arrancó a hablar y dijo.

-Verá usted, señor obispo. La víspera de la Candelaria fuimos todos a confesarnos de nuestros pecados con la intención de comulgar al día siguiente en la misa de doce. Don Gruñón, digo, don Simón, estaba muy contento de ver la devoción de los feligreses. Nadie podía esperar que cambiara tan de repente. Al día siguiente, cuando dieron el último toque de campana para la misa mayor, nosotros, los hombres y los mozos de Rajatila, vestidos y pintados de indios, según manda la tradición, nos presentamos en la iglesia tan contentos y tan alegres como todos los años. Delante de nosotros iba la banda de música tocando "La flor de la canela" del puente a la alameda. Cuando nos vio entrar, don Simón comenzó a reírse de nosotros allí mismo, ¡allí mismo, señor obispo!, dentro de la iglesia, y a tratarnos de incultos, de salvajes y de insensatos. El Hermano Mayor de la Cofradía de la Virgen de la Candelaria había contratado a un predicador de campanillas para la fiesta, pero antes de que el fraile subiera al púlpito a decir el sermón, el cura de Rajatila tomó la palabra y allí mismo, ya le digo, ¡allí mismo!, desde el altar, comenzó a decir

barbaridades que nos llegaron al alma. Usted no puede imaginar cuánto nos dolió que don Simón nos llamara insentatos, ¡insentatos! ¿Usted se imagina lo que eso significa para un pueblo honrado y laborioso como Rajatila? Fue algo vergonzoso, señor obispo.

Sin necesidad de alardear; hic et nunc, de mis conocimientos peripatéticos, deduje, al socaire de Aristóteles, que don Martín Cabila se había aprendido de memoria el trabucazo anterior. Lo recitó como el alumno aplicado que cita de memoria "los pueblos con ayuntamiento de la provincia de Murcia son cuarenta y dos". Hizo entonces una pausa. Envolvíome en una mirada interrogativa sin posar sus ojos en punto fijo. Le sobrevino un ligero ataque de tos nerviosa. Carraspeó y llevóse los dedos de la mano derecha a la garganta. La verdad es que tenía mi alma en vilo. Dije:

-Esto que me está usted contando me interesa mucho, ¡mucho! Siga por favor.

-Me da mucha vergüenza contarle lo que ahora viene -dijo él.

-¿Vergüenza? ¿Quién dijo vergüenza? -insistí yo, con evidente falta de imaginación para crear estímulos nuevos-. Al pan, pan; y al vino, vino. Tempus fugit, sed tempora bona venient.

-Le pido que me perdone, pero se lo voy a contar tal cual. La costumbre de Rajatila consiste en lo siguiente: Los hombres y los mozos, cuando se visten de indios, se pintan los labios de color negro y los mofletes con los colores del arco iris. Si es un hombre casado, los labios se los pinta su mujer. Si es un mozo, los labios se los pinta la novia. Esa es la tradición, señor obispo, esa es la tradición. Así estábamos ese día todos en misa. Fue entonces cuando don Gruñón, quiero decir, don Simón, nos dijo a grito pelado que no se acercaran a comulgar las personas que llevaban los labios pintados de negro, porque no pensaba darle la comunión a ninguno.

Volvieron a florecer las tiernas amapolas en el rostro de don Martín Cabila, alcalde de Rajatila. Siguió:

-El cura nos dijo que la pintura de los labios era una gravísima

falta de respeto al Santísimo Sacramento, porque las bocas de los

hombres parecían culos de perro, con perdón de su excelencia. Tuve suerte. Y quede aquí constancia, in saecula saeculorum,

de mi agradecimiento más íntimo a la bondad infinita de Nuestro Señor. ¡Que Dios le pague a la divina providencia la merced que me hizo de mantener los músculos faciales en ademán fúnebre! Pude sujetar el muelle de la risa. Es cierto que mi imaginación -por algo Santa Teresa la llamó "la loca de la casa"-, mi imaginación -digo- trabajaba sin reposo para representarme con su varita mágica el parecido que, sin duda alguna, debía de existir entre ambos términos de la comparación. Pedí a don Martín Cabila que completara el periplo de su narración.

-¿Le parece poco, señor obispo? -exclamó el alcalde de Rajatila, estirando el cuello y ladeando la cabeza, como si, vestido de alabar- dero, esperara el fognazo de magnesio para una fotografía- ¿Usted cree que un pueblo entero, que respeta sus tradiciones, puede consentir un insulto como ese?

Resopló don Martín Cabila, y el resoplido alborotó las cenizas del cenicero. Entonces ceremoniosamente, con ademán victorioso, con gesto medido, prieta la quijada, metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Me miró de reojo como si anunciara una sorpresa. Sonrió. Sacó un sobre. Lo abrió. Extrajo de él dos folios. Los desplegó. Extendió su mano y dijo:

-Tenga. Nos hemos visto obligados a esto.

Y me entregó los papeles. Salvo superior criterio y con la venia del lector paciente y sumiso, estimo que lo más honrado por mi parte es transcribir el contenido de la misiva, sin quitar ni poner un ápice. De esta manera, el lector -el lector que no sea ni protervo ni malévolo-, desde su posición neutral, podrá contar con elementos fiables y ponderar con tino el intríngulis de la cuestión. Decía así:

*Excelentísimo y Reverendísimo Sr.
Don Magdaleno Pertejo y Cantalapiedra Obispo de Montelibano
MONTELÍBANO*

Excelentísimo y reverendísimo señó

Los suscritos, abajo firmantes, autoridades y vecindario de Rajatila, tienen el alto honor de dirigirse a Su Excelencia Reverendísima y, después de besar respetuosamente su anillo pastoral, exponen con honda pesadumbre los siguientes hechos:

PRIMERO.- Desde tiempo inmemorial existe en esta sufrida parroquia de Rajatila la costumbre inveterada de honrar a la Virgen de la Candelaria, Patrona del pueblo, en el día de su fiesta litúrgica, dos de febrero, con diferentes actos religiosos y profanos.

SEGUNDO. - Desde tiempo inmemorial, los hombres de Rajatila, casados o solteros, tienen la costumbre de adornarse, en el día de la fiesta, con la indumentaria propia de una tribu de indios existentes en el altiplano de la república del Perú, entre los cuales ejerció su fecundo apostolado misionero el Venerable Padre Ignacio Núñez de Rajatila, religioso que fue de la Orden de los Mínimos, llamado "el apóstol de los aimaraes", hijo predilecto de esta población, el cual trajo de América esta tradición y la implantó entre sus paisanos con notorio contentamiento de éstos.

TERCERO.- Desde tiempo inmemorial, y con el fin de lograr una caracterización lo más perfecta posible, de acuerdo con la referencia que nos dejó el citado religioso y que se conservaba celosamente en el archivo parroquial hasta nuestra reciente contienda civil, en que el archivo fue pasto de las llamas, los hombres de Rajatila, casados o solteros, acostumbran también a decorar su rostro con los colores del arco iris y a pintarse los labios de color negro, sin que esto jamás haya sido óbice para tomar parte en los actos religiosos programados para honrar a la Patrona.

CUARTO.- Desde tiempo inmemorial estas costumbres han sido celosamente custodiadas, celebradas, engrandecidas y seguidas por los habitantes del pueblo, generación tras generación, y respetadas por los sucesivos pastores de almas a los que el Ordinario del lugar confiaba la grey de Rajatila.

QUINTO.- *El día dos del pasado mes de febrero, del año en curso, el señor cura de la parroquia, don Simón Montesinos, haciendo caso omiso de tan arraigada tradición, amenazó a la feligresía con suspender los actos religiosos en honor de su Santa Patrona, la Virgen de la Candelaria, si los hombres de Rajatila, casados o solteros, no renunciaban a vestirse y a pintarse según la costumbre anteriormente descrita.*

SEXTO.- *En la fecha arriba indicada, es decir, el día dos del pasado mes de febrero, del año en curso, dentro de la misa mayor y antes de que el predicador que figuraba en el programa de festejos diera comienzo a su homilía, el referido don Simón Montesinos, a quien los feligreses no se recatan en bautizar con el nombre de don Gruñón Matavecinos, hizo uso de la palabra y profirió insultos soeces y graves amenazas a los presentes: Anunció que no daría la comunión a los hombres, casados o solteros, que se acercaran a comulgar con los labios pintados. Además, cometió la osadía, ciertamente incalificable, de decir, en lugar tan santo y en ocasión tan solemne, que las bocas de los hombres semejabán (con perdón) culos de perro (sic).*

SÉPTIMO.- *Llegado el momento de la comunión, el señor cura, don Simón Montesinos, cumpliendo sus amenazas, se negó a darla a la totalidad de los hombres, casados o solteros, que se acercaron al comulgatorio, pues, como así manda la tradición, todos ellos tenían los labios pintados de negro.*

OCTAVO.- *Además de los vecinos de Rajatila, fueron testigos de los hechos: A) El predicador que figura en el programa de las fiestas y del cual se acompaña un ejemplar; B) Los hombres que integran la prestigiosa y veterana banda de música de Sincelajo, la cual había sido contratada para amenizar la fiesta; C) Finalmente, un grupo numeroso de personas de los pueblos limítrofes. Todos ellos pueden dar fe de la veracidad de los hechos aquí relatados.*

ALA VISTA DE ESTOS HECHOS y teniendo en cuenta: 12)

Que la conducta de don Simón Montesinos emerge de unos criterios puramente relativos y perecederos, sujetos a evolución, como son los que atañen a los caprichos cambiantes de la moda en lo tocante al atuendo y al embellecimiento de las personas; 22) Que no se comprende por qué a las mujeres de Rajatila, casadas o solteras, se les permite -y hasta se les agradece- que se pinten los labios de carmín, sin que esto les impida comulgar, mientras que, por el contrario, a los varones, casados o solteros, se les prohíbe pintarse los labios de negro para participar en el sacrosanto banquete de la Eucaristía; 39) Que las referidas circunstancias de sexo y de color, extrínsecas al legado de la fe, no tienen por qué influir en un acto tan sagrado y tan sustancial como es la unión del hombre con su Dios a través del celestial convite; 42) Ole el vigente "Codex Iuris Canonici", felizmente elaborado bajo la sabia batuta del Cardenal Gasparri, establece en el Canon 30: "Deben ser respetadas en todo su vigor las costumbres centenarias e inmemoriales, salvo en los casos en los que una costumbre es EXPLÍCITAMENTE revocada por la ley",

los abajo firmantes, en pleno uso de razón y de consciencia, deseosos de conservar intacta y de perpetuar la costumbre heredada de sus mayores,

SUPLICAN respetuosamente a Su Excelencia Reverendísima que se sirva tener a bien destituir del cargo (o de la carga) de párroco de Rajatila al citado clérigo, don Simón Montesinos, y proceder al nombramiento de un nuevo párroco para nuestra población."

Debajo de este inaudito memorial de agravios estaba la fecha. Más abajo, la caligrafía cuneiforme y variopinta de algunos centenares de firmas. Las primeras correspondían a las fuerzas vivas de la población, es decir, al alcalde, al secretario y a los concejales del excelentísimo Ayuntamiento, al Hermano Mayor de la Venerable y Muy Indulgenciada Cofradía de la Virgen de la Candelaria, al recaudador de impuestos del municipio, al cabo de la Guardia Civil, al médico de la villa, al maestro y a la maestra de educación primaria, al veedor de la Hermandad de Regantes, al alcalde pedáneo de Los

Guatazales y al señor veterinario, que lamento decir que se llamaba Magdaleno como yo. Todas las personas, hombres o mujeres, casadas o solteras, que ostentaban algún cargo de renombre o presumían de algún rango social, lo hacían constar de manera explícita con redondilla debajo de su rúbrica.

Mientras yo flagelaba mi espíritu con la lectura de la misiva rajatilana, don Martín Cabila, alcalde de Rajatila, permaneció en silencio, con la cabeza inclinada, recorriendo con su mirada fugitiva los arabescos de la alfombra. Cuando acabé la lectura y doblé los papeles -dos folios de papel de barba mecanografiados a un solo espacio-, alzó su mirada como el penitente que acaba de confesar felonías de grueso calibre y espera, contrito y humillado, el bálsamo milagroso de la absolución. Le pregunté:

-¿Se puede saber quién ha redactado esto? ¡Porque esto es una obra maestra! ¡Está impecablemente escrito!.

-Sí, señor. Bueno... tal vez sea una imprudencia decirlo.

-¿Imprudencia? ¿Por qué? ¡Vive Dios, don Martín, que tarde o temprano habré de saberlo! Tiempo ni hora no se ata con soga.

No estaba don Martín para sentencias ni para filigranas de lenguaje. Insistí.

-Le guardaré el secreto si es necesario.

-Lo ha escrito don Ezequiel Padilla, el canónigo de la catedral -dijo, frunciendo el entrecejo, como si acabara de quebrantar una promesa.

Saqué fuerzas de flaqueza y contuve cualquier vibración interior que desvelara mi enfado. Dije no más:

-Un poco raro es esto, ¿no?

Don Martín Cabila, alcalde de Rajatila, trató de justificarse.

-Don Ezequiel es muy amigo de nuestro pueblo. Ha ido muchos años a predicar en la fiesta y tiene allí bastantes amigos. Además, una de sus sobrinas está casada con el dueño de la almazara de Rajatila.

-¿Les ha cobrado por escribir esto? ¡Porque esto no lo escribe cualquier pelagatos! Está muy bien escrito, pero que muy bien escrito. Ni el mismísimo manco de Lepanto habría sido capaz de

pergeñar tanta belleza.

— En dinero, no, señor obispo, no nos ha cobrado nada. Nos ha dicho que, cuando nos venga bien, le traigamos una garrafa de vino y otra de aceite.

— ¿Y no les pidió ningún anticipo?

— El anticipo fueron las dos gallinas que le trajeron los comisionados que vinieron a hacerle el encargo.

— ¿Y sabe don Simón o don Gruñón, como ustedes dicen, que iban a venir a verme?

— No estoy seguro, señor obispo —respondió el alcalde—. Yo creo que debe de saberlo, porque la carta ha corrido de casa en casa para recoger las firmas y es muy raro que nadie se lo haya dicho.

El alcalde hablaba ya sin tropicónes. Lo había desembuchado todo. Casi todo. Le dije:

— Vamos a ver cómo podemos arreglar esto.

— Haga usted lo que pueda, señor obispo. Si don Simón sigue en Rajatila, sepa usted que la religión se va al carajo.

De nuevo temblaron los muros del palacio mío ante el estruendo de tal palabrota.

— ¡Pero, señor alcalde...!

— Perdón, perdón y perdón.

Así, palabra más, palabra menos, terminó la visita de don Martín Cabila, alcalde de Rajatila. Fue parco en palabras al despedirse. Bonum, si breve, melius. Después de recibir mi bendición y de lucrarse cien días de verdadera indulgencia estampando un sonoro ósculo en el falso zafiro de mi anillo pastoral, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó el paquete de rubio americano, lo abrió, esbozó una sonrisa de veinte yardas y dijo:

— Tenga, la despedida.

Y cogí un cigarrillo made in usa. Fuese y no hubo más. Más tarde supe —porque así me lo contó mi secretario— que don Martín Cabila, alcalde de Rajatila, al salir del salón del trono, le preguntó, algo mosqueado, a don Juan Pedro:

— El señor obispo, ¿es un poco guasón?

— ¿Un poco guasón? —respondió haciéndose el sueco, mi secre-

tario.

Consumado el acibar de las visitas mañaneras, pude gozar del sosiego de mi despacho. Me retiré a ordenar ideas y papeles. Algo me burbujeaba en la mente: ¿Era correcta la referencia de don Ezequiel Padilla al canon 30 del código de Derecho Canónico o se trataba de una morcilla cananea? Sabedor de que a la vuelta lo venden tinto, quise salir de dudas ipso facto. Entré a la biblioteca. Me acerqué a la estantería, cogí una edición bilingüe del "Codex" con abundantes notas a pie de página, busqué el canon 30 y - ¡oh, incomprensible dureza del intelecto humano!- pude comprobar que la cita había sido honradamente, limpiamente traída a colación. Me increpé a mí mismo sin misericordia y dije, para humillar a mi menudencia reverendísima: " ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado de la sabiduría del doctor Padilla?" La traducción, es cierto, había sido hecha "ad pedem litterae ", pero podía ser considerada como aceptable por los latinistas de pro. Sin que viniera a cuento, recordando tal vez al canónigo doctor Padilla, me cruzó por la mollera, como

destello fugaz, una exclamación insolente: "¡Pillín, Pillín!".

2. "Eres un granuja de tomo y lomo"

Me lo temía. Y me lo temía, porque llovía sobre mojado. Siempre tuve la sospecha de que en la vida de don Simón Montesinos había gato encerrado. Pocos días después de la visita de don Martín Cabila, alcalde de Rajatila, tuve que viajar a los madriles para tomar parte en la asamblea ordinaria de la Conferencia Episcopal. Fue un tostón. Entre pitos y flautas se me fueron los siete días de la semana en la capital del Reino. Pero no hay mal que por bien no venga y nunca es tarde si la dicha es buena, aunque al buen callar lo llamen Sancho. La mañana misma de la inauguración de la sede arzobispal de la noble ciudad castellana de cuyo nombre no quisiera acordarme. A efectos meramente identificativos, digamos que se llama Persépolis. Callaré también sus serias de identidad. En estos tiempos que corren de zozobras y de quebrantos mil, bastante faena tienen nuestros juzgados y tribunales para que los pastores de la Iglesia nos enzarremos en querellas fraticidas. A efectos, no más de punta referencia semántica, diré que era el excelentísimo y reverendísimo señor don Judas Iscariote Montoya y Montoya. Y va bien servido con el camuflaje. Vade retro!

Habíamos terminado de comer. Al salir del refectorio del monasterio jesuítico, elegido aquel ario para sede de la asamblea, me hice el remolón y el distraído, fui me al encuentro de Monseñor Montoya y Montoya y cogiéndolo fraternalmente de la manga de su sotana de cachemir con cordoncillos rojos, le dije:

-Necesito hablar con usted. Opus est mihi tecum loqui. -
¿Conmigo?

-Con usted. Deseo contarle la última piraeta de don Simón.

-¿De don Simón? ¿De qué don Simón me está usted hablando?

- De don Simón Montesinos.

- ¡Ah, sí, don Simón! ¡Claro, don Simón! ¿Algún problema?

Salta a la vista que Monseñor Montoya y Montoya tenía pocas ganas de charlar conmigo. Su retranca y su marrullería eran sobradamente conocidas entre los colegas obispos. Así es que le puse ambas manos en sus hombros, lo miré de frente, le hablé de hombre a hombre y le dije:

-Hermano mío: Quiero saber la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

A trancas y barrancas me lo llevé ami aposento. Cerré la puerta por dentro. Y la primera en la frente:

-Hábleme de la vida y milagros de don Simón Montesinos durante el tiempo que lo tuvo en su diócesis. O en su archidiócesis, mejor dicho. Repito: Necesito que me hable de la vida y milagros de don Simón Montesinos. Y no intente quitarse el mochuelo de encima, porque estoy dispuesto a llegar a Roma. Si opus fuerit, Romam apellabo. ¿Es cierto o no es cierto que me lo mandó por razones de salud? ¿Dónde están los informes médicos que aconsejaron su traslado a un clima mediterráneo?

-Tranquilícese, tranquilícese -dijo Monseñor Montoya, moviendo sus manos de arriba abajo, como si dirigiera a cámara lenta la orquesta y coros de la capilla sixtina-. Liemos un cigarro y hablemos como buenos hermanos.

Monseñor Montoya sacó una cajetilla de " Pielroja" que - según me dijo- le había mandado de Cartagena de Indias una parienta suya, religiosa de la Congregación de Misioneras de la Santa Faz, Sor Juana de la Trinidad. Encendimos los cigarrillos, echamos al aire las primeras burbujas humeantes y, con una pachorra exasperante y perversa, con calculada ambigüedad, fue desggranando la verídica historia que, mutatis mutandis, era del tenor literal siguiente: (Como nunca me ha gustado ganar indulgencias con camándula ajena - alterius indulgentias ope non proprio semper mihi displicuit lucrad-

, aviso lealmente a los pacientes lectores de este inciso tragicómico de Simón y Gerardina que los latinajos con los que lo encontrarán aderezado son de la ubérrima cosecha de Monseñor Montoya y Montoya. Mía es tan sólo la transcripción libre de la montoyada, los arreglos musicales y alguna que otra pincelada gramatical y pettejana. Únicuique suum.)

Ocurrió -cómo no- esta lamentable historia, que no entiendo por qué no la evitó a tiempo la divina providencia, en el seminario conciliar de la castellana e imaginaria archidiócesis de Persépolis, regentada por Monseñor Montoya y Montoya. De la noche a la mañana las lenguas murmuradoras y viperinas de los alumnos más discolos comenzaron a propalar la sospecha de que el rector, nuestro dilectísimo don Simón, se veía secretamente con la madre Gerardina de San Servando. La madre Gerardina ejercía el cargo de superiora de las monjas. La comunidad de las reverendas Hijas del Dulce Nombre de Santa María estaba alojada en una casa de dos plantas, adosada al ala meridional del seminario. Las hermanas atendían los servicios de enfermería, de comedor y de lavandería de los futuros ministros del altar. Aunque la madre Gerardina tenía el ojo izquierdo a la virulé y rengueaba de la pierna del lado opuesto, era hembra de buen ver y de ameno y placentero trato, especialmente querida por los alumnos por su paciencia infinita, por su cadencioso y a veces balbuceante deje majorero, por su inalterable buen humor a prueba de impertinencias estudiantiles y por aquellas benditas manos que, según decían los estudiantes, le había dado Dios para elaborar el mejor gazpacho andaluz que en jamás de los jamases haya podido saborear el más exigentes de los paladares monacales.

Tuvo que suceder en un descuido de la divina providencia. Eso era, al menos, lo que Monseñor Montoya y Montoya me decía con una machaconería irritante. No cabía, según él, otra explicación. ¿Cómo, si no, don Simón se iba a enamorar como un pendejo de la madre Gerardina? ¿Cuál fue la chispa que provocó el incendio? ¿Una caricia de cumplido? ¿Acaso un guiño involuntario? ¿Un parpadeo incierto? ¿Tal vez un roce casual, una palabra desbocada? ¿Fue, por ventura, la aplicación indolora de un sinapismo movedizo, de una

ventosa sugerente, de una cataplasma juguetera? Fuere cual fuere la chispita detonante de la pasión, lo cierto es que el enemigo del hombre - "inimicus hominis" - la despabiló con tal maestría que logró sabotear el destino providencial de don Simón hacia cumbres más altas de la jerarquía. El romance, increíble pero cierto, aconteció -O tempora!, O mores!- durante la década prodigiosa de la fiebre de Dios en nuestro país. Los alumnos de antaño, disgregados hogaño por minúsculas aldeas de la vieja Castilla, podrían testificar la certeza de esta historia de desolación.

El ronroneo inicial sobre los encuentros clandestinos de estos dos primeros espadas domésticos fue subiendo a mayores con dolorosa pertinacia. Acabó convirtiéndose en un dogma de fe proclamado "ex cathedra". Lentamente -sin prisa, pero sin pausa- los alumnos del seminario se habían ido percatando de que los solomillos de ternera y los plátanos flambeados que en la cena de los martes y jueves recogían del torno los refitoleros para la úlcera de don Simón no eran sino mensajes codificados de la madre Gerardina para ulteriores complacencias.

Durante la segunda quincena de abril y a lo largo de todo el mes de María de aquel año inolvidable, "al que suele devolverme de cuando en cuando la congoja de la nostalgia" -son palabras de Monseñor Montoya-, abundaron por los claustros del seminario, por las aulas y por los pasillos las sonrisillas picarueles y malvadas de los estudiantes cada vez que el rector, es decir, el reverendo don Simón Montesinos, por fas o por nefas cruzaba algún saludo con la madre Gerardina o dialogaba con ella sobre el condumio, sobre la úlcera gástrica, sobre la compra de mercromina para las manos agrietadas por el juego del frontón, o sobre la escasez de garbanzos para el cocido rácano y contumaz. Dentro de los muros tutelares y vetustos del seminario conciliar de Persépolis el aire se enrareció en tal grado que un buen día -tal vez Monseñor Montoya debería haberme dicho "un mal día" - uno de los alumnos más lanzados, Cipriano Contreras Manso, llamado por Dios para empresas más altas, sugirió a dos de sus compañeros más fiables y arriscados la conveniencia de salir de dudas ("Convenientia dubium inixe eluctandi").

El verdadero nombre del rector era Simón Pedro ("Simon Petrus erat nomen eius"). Los alumnos, "inter se " , le llamaban cariñosamente "don Pánfilo" por su extremada benignidad. Era la personificación viva y tangible de esa rara especie del género humano al que los libros sagrados del Viejo y del Nuevo Testamento designan con el jugoso apelativo de "hombre de Dios". Había venido a este perro mundo en una aldea de mala muerte, escondida entre los pliegues del Pirineo leridano y habitada por gentes guiadas por la fe del carbonero, payeses austeros y pastores de perro, pelliza y zurrón.

Don Simón Montesinos, cuyo segundo apellido permanece todavía en la penumbra, tenía madera de obispo. A pesar del sigilo y de la exquisita discreción con que los prelados " totius orbis" envían noramala y periódicamente a Roma la nómina de clérigos episcopables, es decir, de clérigos dignos de ser elevados a la dignidad de obispos, los estudiantes, con la agudeza mental que genera el hambre, sabían por ciencia infusa que don Pánfilo, el dulce y seráfico rector, había figurado dos veces al menos en la terna remitida a la Santa Sede por el Ordinario del lugar para cubrir eventuales sedes vacantes en nuestro dolorido país. Conviene aclarar -y no es ociosa la aclaración, subrayó Monseñor Montoya- que don Simón Montesinos, rector del seminario, varón justo -vir iustus- y licenciado "in utroque iure" , no era canónigo, ni siquiera beneficiado de la Santa Iglesia Catedral metropolitana. Sabido es que durante la ya mencionada década prodigiosa de la fiebre de Dios la Curia Vaticana dejábase llevar por una querencia insuperable hacia el señuelo variopinto y policromo de los cabildos catedralicios. Como ocurre en las fiestas de sociedad -y como también pondera una parábola del mismísimo evangelio (Mt.XII,11)-, la policromía constantiniana de los capisayos clericales parecía constituir "conditio sine qua non" para ser uno de los elegidos entre la muchedumbre de los llamados ("Multi, enim, sunt vocati; pauci, yero, electi").

Ello no obstante, y sin desestimar el pesado "handicap" que para el currículum de don Simón suponía su condición de cura raso, hay que proclamar " urbi et orbi " que su gran pecado capital consistía en haber nacido del vientre de una mujer. Don Simón, a pesar de su

rostro de querubín adulto y de sus modales pacatos de novicio cluniacense, era un hombre de carne y hueso, descendiente directo, aunque tardío, de la primera pareja que contagió el edén. Don Simón -me dijo mi colega Monseñor Montoya con el énfasis propio de los que hablan "ex cathedra" - no era un ángel "ab aeternitate" ni pertenecía a la legión de arcángeles y serafines que forman la orquesta y coro del paraíso sin más mérito de sangre que el de no haberse sumado a la asonada de Lucifer al principio de los tiempos.

Ni sus cilicios ni sus virtudes acrisoladas, ni sus ayunos ni sus penitencias pudieron hacerle su natural condición de hijo de Adán. También don Simón pudo hacer suyas las palabras de Terencio, atribuidas, quizás atribuibles, a Saulo de Tarso: "Homo sum et nihil humanum a me alienum puto". Lo cual, vertido a buen romance quiere decir: "Hombre soy y nada humano me es ajeno". Por obra y gracia de esta deleznable condición humana -y, sin duda, en un descuido de la divina providencia- el demonio de la lujuria vino a segar con estruendo la gloriosa ascensión de don Simón a las cumbres nevadas de la jerarquía eclesiástica. ("Quis, nisi Simon Petrus, episcopatu dignus erat? "). Una vez más, en la pequeña historia de los hombres mediocres y de los genios sin honor, se cumplía el augurio sesgado y fatal de los Vedas: "El hombre propone, Dios dispone y la mujer descompone".

La suerte, pues, estaba echada. Los compañeros fiables y arriscados de Cipriano Contreras se llamaban Honorato Perniles y Cecilio Parrondo. Honorato era hombre de pocas carnes, de escasa estatura y de músculos flexibles: profesaba una devoción platónica y un amor no correspondido hacia el jamón serrano. Honorato era un palentino larguirucho, de pómulos aristados, al que continuamente se le paseaba el azogue de la nuez por el gaznate. Sus aptitudes para el canto gregoriano, como tenor segundo, le granjearon un lugar de preeminencia en la "Schola cantorum " del seminario. (Escuchaba yo boquiabierto a Monseñor Montoya y Montoya, sorprendíame de la precisión con que me refería los pormenores del relato y pasmábame de su fastuosa retentiva. Como conocedor de su propia vida y como testigo insigne y cualificado de la ajena - "alienae vitae praeclarus

testis" -, el arzobispo de la Persépolis imaginaria dio fe y certificóme que ambos, Honorato y Cecilio, Perniles y Parrondo, supervivientes del hundimiento clerical de los años sesenta, son, al día de hoy, dos maduros mensajeros de los misterios del más allá. En cuanto a Cipriano Contreras Manso, el diabólico muñidor del entuerto, se sabe que colgó los hábitos antes de cantar misa y se enroló más tarde en un circo de la estepa rusa como domador de tigres de Bengala. Si al final de su noviciado circense contrajo o no contrajo matrimonio con la hija del empresario es un extremo que no ha podido ser confirmado de manera fidedigna.)

Era una noche clara de los idus de mayo. A eso de las diez y cuarto, mientras los seminaristas hacían en la capilla el último examen de conciencia de la jornada, Honorato Perniles, Cecilio Parrondo y Cipriano Contreras, asustados como gacelas en sabana poblada de leopardos, se introdujeron cautelosamente en el refectorio del semi- nario y se acurrucaron bajo las mesas de hierro colado y losa de mármol blanco, tan comunes en la época.

-Audaces fortuna iuvat! - dijo Cipriano a sus dos compinches para contagiarles valor.

- ¡ Que Dios nos pille confesados! -balbuceó Perniles.

-Eso, que Dios nos pille confesados -ratificó Parrondo.

Las luces del refectorio permanecían apagadas. Por los altos vitrales emplomados que daban al patio de los sauces llorones, entraba, difuso y soñoliento, el resplandor distante y opaco de las farolas tuertas de la carretera de la cartuja. Poco después el trío calavera oyó el murmullo procesional de sus colegas, los seminaristas, que salían de la capilla. Caminaban compungidos, silenciosos, cabiz- bajos, meditabundos, en dos filas indias hacia los dormitorios de las plantas segunda y tercera del viejo caserón. Era ese el momento preciso en el que don Simón, cediendo cobardemente a los requerimientos de su errática condición humana, se descolgaba de las filas para ir al encuentro de la reverenda. A su vez, la madre Gerardina de San Servando, azuzada igualmente por los aullidos incontrolados de la lascivia, acostumbraba a dejar para esa hora postrera algún quehacer de poca monta en la cocina. Todos estos cabos los tenían atados y bien

atados los tres de la furia, gracias al espionaje discretísimo que habían tramado durante la quincena anterior.

-Veréis cómo esta aventura nos cuesta la carrera -dicen que dijo Parrondo, el más timorato. Perniles, tal vez para espantar su propio miedo, le dio un pisotón en el pie y sentenció:

-Flombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?

Todo aconteció como tenían previsto que aconteciera. Mejor dicho: Todo, no; casi todo. Primeramente oyeron cómo gemía la puerta principal del refectorio. Las bisagras de la postguerra, mal engrasadas, exhalaban un leve suspiro, un levisimo y prolongado suspiro, apenas perceptible por el oído humano. El reverendo Montesinos, sin encender las luces, se detuvo un instante junto a la puerta, cruzó luego el pasillo central del comedor y se encaminó hacia la cancela que comunicaba con la cocina. Aquella noche aciaga las suelas de los mocasines de don Simón se deslizaron sobre la piedra artificial del pavimento como si pisaran una alfombra turca de puro algodón. La cancela -¡oh cielo santo!- se abrió sin que don Simón pusiera la mano en ella. Oyóse un suspiro, el suspiro inconfundible de las hembras de Fuerteventura en el trance que anuncia los esplendores del éxtasis. Perniles, Parrondo y Contreras, como escolásticos avezados en el manejo de los silogismos del peripatético Aristóteles, dedujeron que el incauto ratoncillo acababa de ser atrapado en la ratonera.

Ipsa facto -o ipsófácticamente, que de ambas maneras debería poder decirse- Perniles, Parrondo y Contreras resolvieron avanzar hacia posiciones de combate. Se quitaron las zapatillas de lona y yute y se dirigieron a paso felino, - "yo diría que a paso cinagético", apostilló Montoya- hacia el torno giratorio por el cual, en aquellos tiempos de abstinencias no deseadas y de ayunos indulgenciados, iban y venían, de la cocina al refectorio y viceversa, las cacerolas con lentejas a remojo, las soperas de aguachirle y, cuando las campanas tocaban a recio, las tortillas gerardinas de patatas sin huevos. Cecilio Parrondo, cuya nuez se alborotaba desafortadamente en situaciones de riesgo, ayudó a Cipriano Contreras a sujetar la base del torno para que sus goznes no chirriaran mientras el menudo y suicida Perniles alojaba su temblorosa humanidad en su interior. Esta delicada maniobra,

quintaesencia y alma mater de tan gloriosa gesta, no había sido ensayada por elemental sentido de prudencia, pero los tres hijos de Satanás habían calculado sesudamente la capacidad del torno y sabían que en ella podía encajar sin violencia el cuerpo menudo de Honorato. Además -ya se dijo que "audaces fortuna iuvat" - durante aquella semana de cábalas a Cecilio Parrondo le había tocado el turno de refitolero y había tenido sobradas ocasiones para recrearse, a ojo de buen cubero, en la medición visual del habitáculo. Honorato Perniles, el más menudo de la troika, carecía de antecedentes como contorsionista de circo, pero la noche de autos se enroscó como un armadillo y se apuntó un sobresaliente "cum laude" en tan arriesgada especialidad. Cecilio Parrondo y Cipriano Contreras dieron un empujoncito al torno y su abertura quedó de cara a la cocina, es decir, al teatro de operaciones.

-No te olvidéis del santo y seña -le habían advertido a Perniles cuando ya éste, prieto como un ovillo, se había instalado en la barriga cilíndrica del torno. Instantes después, Cecilio y Cipriano, que habían permanecido con la oreja pegada a la madera, oyeron con asombrosa nitidez el anuncio pascual que Honorato dirigía a los reverendos:

-PAX VOBIS! -exclamó Perniles desde la hornacina, ahuecando cavernariamente su voz de barítono desahuciado.

Don Simón Montesinos y la madre Gerardina de San Servando, al oír aquella voz tramontana, quedaron petrificados, suspenso el ánimo, pálida la faz, rígido el cuerpo, helada la sangre, perdida la voz, marchita la pasión. "Fue como la parada repentina de la imagen en un film" -explicó más tarde, con atinada frase, Honorato Perniles. Ambos a dos, reverendo y reverenda, según contó Perniles con delectación morosa, aparecieron ante sus ojos "trabados en venéreo duelo", que diría Góngora, como una trenza de músculos desbocados, echados sobre un felpudo gigante, jadeantes, entregados frenéticamente a las refriegas urgentes de los amores clandestinos. Ni don Simón ni la madre Gerardina de San Servando, cruelmente pillados en su emergencia pasional, fueron capaces de articular ni una primaria exclamación de asombro, de pánico o de espanto, ante aquella sombría aparición celestial. Cecilio y Cipriano, a requerimien-

to de Honorato, hicieron girar el torno en sentido inverso hasta dejarlo con la abertura de cara al refectorio.

-Alea iacta est! -dijo con euforia Perniles a sus compinches, mientras descendía de la hornacina y echaba pie a tierra.

-Eres un jabato! -le dijo Cipriano, mientras Honorato se desprecizaba y volvía a su dimensión natural-. Bonum opus operatus es!

-Gaudeamus igitur! -apuntilló Parrondo.

Temerosos y en silencio volvieron a la puerta del refectorio. Intentaron salir al claustro para enfilear las escaleras con el ansia incontinida de ser tragados por el silencio y por las tinieblas de la noche. ¡Oh, Júpiter tonante y fulgurante, que con tu rayo fulminaste al insensato Faetón! ¿Por qué no los convertiste en bolas de fuego? ¡Oh, misterioso río Eridano, al que ningún ojo humano ha visto jamás! ¿Por qué no los acogiste en el seno de tus aguas para lavar allí mismo su vergüenza? ¿Dónde estabas aquella noche, oh, Ariadna, que desoíste el clamor de los tres aguerridos quijanos y no viniste a sacarlos de su laberinto?

La puerta del refectorio estaba cerrada a cal y canto. El reverendo Montesinos, sagaz y suspicaz a pesar de su diáfano panfilismo, había tomado la precaución de dar dos vueltas a la llave y de guardársela en el bolsillo de la sotana. Daba así cumplida cuenta al mandato divino: "Simplices estote sicut columbae et prudentes sicut serpentes". Perniles, Parrondo y Contreras tuvieron que pasar la noche en posición fetal, encogidos y apretujados sobre la tarima de la mesa presidencial del comedor. Los vitrales, en el exterior, estaban protegidos por rejas de artesanía. Don Simón y la madre Gerardina de San Servando, atolondrados aún por el resplandor de la intempestiva parusía, habían salido de la cocina por la puerta del patio.

Para no herir la sensibilidad evangélica del piadoso lector, consiéntaseme pasar por alto la infamia de relatar otros episodios secundarios, cuyo morbo salaz tan sólo serviría para halagar el instinto carnal de los lectores impíos. Tales episodios secundarios -según la versión sesgada de Monseñor Montoya- acaecieron a la mañana siguiente y en los días inmediatos, como consecuencia de la increíble

locura de juventud que acabo de referir. Baste al curioso lector saber que Perniles, Parrondo y Contreras, como almas en pena, tuvieron que jurar, en presencia del Arzobispo Montoya y Montoya y con la mano extendida sobre los evangelios, que nunca dirían nada a nadie sobre los turbios amores de don Simón y de la madre Gerardina de San Servando.

La verdad es que tanto Perniles y Parrondo como Contreras, tuvieron el presentimiento ácido de que Su Excelencia Reverendísima, el Arzobispo, su señor, los pondría de patitas en la calle. No hubo tal. El prelado de la noble y muy más leal ciudad de Persépolis los convocó a palacio a altas horas de la noche, como si él fuera el Mesías y ellos los Nicodemus atribulados. (" Cum subit illius tristissima noctis imago...!") Allí, en la intimidad opresiva de su despacho, bajo la mirada inquisitorial de un óleo de Eugenio Pacelli, y todo a media luz, a media luz los tres, lejos de agradecerles los servicios prestados, Monseñor Montoya y Montoya -¡oh, incomprensible dureza del corazón humano!- endilgóles una filípica de tronío que los dejó como chupa de dómine. No los llamó ni incultos ni salvajes, ni mucho menos insensatos. Los llamó volterrianos, calvinistas, bellacos, truhanes, afrancesados y otras hierbas de igual calaña. Echóles en cara que hubieran procedido, en su ominosa "razzía", con las agravantes de nocturnidad, premeditación, astucia y alevosía. Del tono y del tino de la catilinaria episcopal los tres lanceros pudieron colegir que, antes de la encerrona, el prelado no sólo se había nutrido de los anatemas del "Codex Iuris Canonici" del cardenal Gaspar i, sino que, "ad cautelam", había abrevado su cólera en la obscena literatura de nuestro Código Penal. Consumado el drenaje de su bilis, Su Excelencia les tomó juramento. Las manos de Perniles temblaron como serpentinas al viento. Al final de la ignominia del juramento, digno de haber sido proclamado bajo el severo gótico de Santa Gadea, do juran los fijosdalgo, el arzobispo de Persépolis les permitió besar su anillo pastoral, les impartió su bendición de padre amantísimo y les concedió -para cuando estén purgando culpas en el otro mundo- cien días de verdadera indulgencia.

Mientras abandonaban, atritos, contritos y humillados, la sala

de los improprios, el prelado, erre que erre, repetía con machacona malenconía la inmortal greguería de Xenofonte: "Vanitas vanitatum et omnia vanitas", que, devuelto a su original helénico, significa: "Mataiotetes mataiotetos kai panta mataiotetes ". (Quedábase en el tintero un incidente menor, del cual también Monseñor Montoya guarda memoria: Honorato Perniles, chiquito, pero cumplidor, se resistió en un principio a pronunciar el juramento de silencio que imponía el Ordinario del lugar. Pronto hubo de apearse de su arrogancia. El arzobispo, a imagen y semejanza de los viejos profetas atronadores, les apercibió de excomunión "latae sententiae" y de lanzamiento "ipso facto" a las tinieblas exteriores.) De regreso al seminario, ubicado en la misma manzana que el palacio de Su Excelencia, Cecilio Parrondo, aturdido por el rapapolvo indulgenciado, cogió del brazo a Cipriano Contreras Manso y le preguntó:

-¿Qué significa "bellacos"? ¿Os habéis dado cuenta de que nos ha llamado "bellacos"?

-Peor habría sido que nos llamara "réprobos" -le contestó Contreras.

Don Simón no llegó a los idus de junio en el cargo. Alegando razones de salud de un "clérigo fuera de serie y pico de oro" (!) y aprovechándose de la sequía vocacional de mi diócesis, el arzobispo de Persépolis me pidió que aceptara el traslado, "sólo por un tiempo", que no precisó, de don Simón Montesinos. Acepté el ofrecimiento como agua de mayo. Dos semanas más tarde de la indecente propuesta montoyana aparecía en el Boletín Oficial de la Diócesis de Montelíbano el nombramiento de don Simón Montesinos para regir la apetitosa parroquia de la imperial villa de Rajatila. Al mismo tiempo, y a propuesta de Monseñor Montoya y Montoya, oído el parecer del cabildo metropolitano, la sapientísima diplomacia vaticana, fiel a la norma tridentina del "ascendatur ut removeatur" (" destituyase mediante un ascenso"), le otorgó a don Simón el título de "Prelado Nullius in partibus infidelium ", con facultad para usar botones y cordoncillo rojos en la sotana, solideo bermellón y anillo de plata con incrustaciones de zafiro, esmeralda o rubí. A la reverenda madre Gerardina de San Servando le tocó la peor parte: A mediados de

agosto, también "por razones de salud", fue trasladada a una clínica gerontológica de la Polinesia, atendida por religiosas de su congregación.

Aquí fue Troya. Acabada la narración de los amores clandestinos y apresurados de Montesinos, cogí a Monseñor Montoya por los picos de su esclavina, lo zarandeeé bruscamente, lo mismo que de zagal zarandeba los perales, y le increpé

-¿Por qué no me dijo la verdad cuando usted y yo hablamos por primera vez del traslado de don Simón Montesinos a mi diócesis? ¿Por qué? ¡Conteste! ¿Por qué me diste gato por liebre? Montoya y Montoya, con la frialdad de los viejos leones de Castilla, se ajustó el solideo en la coronilla, se sacudió las motas de ceniza pielroja que le había caído sobre la sotana, se apartó de mí, me obsequió con una sonrisa de las que dilapidan los vencedores petulantes y me dijo:

¿Podemos hablar como dos entes racionales, sí o no?

-Podemos y debemos -respondí.

Bríndome de nuevo su paquete de " Pielroja" . Nos sentamos en el borde de mi cama. Acerqué la mesilla con el cenicero. Dijo:

Magdaleno: Me has llamado mentiroso. No lo soy. Te pedí que aceptaras el traslado de Simón Montesinos por razones de salud y mantengo mi palabra. Parece mentira que hayas sido profesor de filosofía escolástica. Nunca pasó por tu mente la duda sobre la clase de salud que aconsejaba la mudanza.

- ¿De qué salud se iba a tratar? -salté yo, indignado como un cachorrillo herido-. Si alegaste razones de salud, está claro que se trataba de la salud del cuerpo. No creo que el clima del Mediterráneo sea el más indicado para calmar las pasiones de la carne.

- Ese raciocinio lo has improvisado ahora, no entonces. Como pastor de almas que eres, conoces sobradamente que existen problemas de salud corporal y problemas de salud espiritual. El cuerpo de Montesinos tenía la salud de un roble, pero su alma estaba ulcerada con las postemas de la lujuria. Así que, colega, a lo hecho, pecho, y no se hable más, que en boca cerrada no entran moscas ya quien Dios se lo dio, que San Pedro se lo bendiga.

Me tuve que callar. Pro bono pacis. Extendí mi mano a Monseñor Montoya, le di una palmada de fingido afecto en la paletilla y le dije:

-Eres un granuja de tomo y lomo. No cuentes mañana con mi voto para la presidencia de la Conferencia Episcopal. Por el camino que llevas, no tardará en caerte un nuevo "monitum" de la Santa Sede. Non bis in idem, hermano!

Y es que el primer aviso con el que la Santa Sede había apercibido a Monseñor Montoya de suspensión "a divinis" no había sido moco de pavo. Al buenazo de Monseñor Valverde, beatífico obispo de una diócesis castellano-leonesa que no diré, le endosó también con malas artes otro clérigo "fuera de serie y pico de oro". La tal joya resultó ser un clérigo borrachín y pendenciero, que le amargó la vida a su nuevo obispo y acabó siendo procesado por corrupción de menores. Está claro que de todo hay en la viña del Señor.

A eso de las diez y media de la mañana comenzaba para mí el suplicio tártaro de las visitas. Juan Pedro, incombustible y admirado secretario mío -rusticanus vir, sed plane vir-, dejó sobre mi mesa las cartas oficiales con sus notas manuscritas de amanuense culto y exquisito y me dijo:

-Cuando quiera, empezamos, Monseñor.

-¿Hay muchos?

-Más de cinco y menos de diez -respondió Juan Pedro.

Pasamos ambos al salón del trono. Juan Pedro se dirigió a la puerta del salón e invitó a pasar al primero de la lista. Yo, mientras tanto, saqué mi anillo pastoral del monedero y me lo puse en el dedo anular de la mano derecha. Me ajusté el fájín rojo con buen tino, de modo tal que ni estuviera demasiado alto, lo cual delata altanería, presunción y petulancia, ni demasiado caído, que puede ser tomado como un signo de haraganería. Como suele decir mi avisgado secretario, "ni trópico de cáncer ni trópico de capricornio; zona estrictamente ecuatorial", que puede ser un símbolo del equilibrio y de la paz que debe irradiar un prelado de la Santa Madre Iglesia. Tosí dos o tres veces, haciendo sordina con la mano. Compuse la figura y esperé de pie a que apareciera por el portón de los sustos el primer visitante de la mañana. (Lamento no disponer ahora del tiempo y del espacio necesarios para transcribir los diálogos, pintorescos a veces, que suelo mantener con la buena gente que viene a verme. Otro día será. Permítame, pues, el lector benévolo -benévolo y no protervo- que le ofrezca aquí y ahora un escueto resumen de los dimes y diretes con que el destino tuvo a bien aderezar la mañana de autos. Dispondremos así, Deo volente, de más espacio para retomar, a la postre, la sin par historia de don Simón Montesinos, también conocido como don Gruñón Matavecíños.)

Primera visita.- Viene a verme la Reverenda Madre Superiora de Jesús Abandonado, Superiora del Asilo de Ancianos Desamparados de la ciudad. Le acompaña la hermana Inés de Santa Florentina. La Guardia Civil de Tráfico le ha retirado el carné de conducir a la hermana por saltarse un semáforo en rojo y colisionar con el carrito de un vendedor de helados artesanales. El vendedor ha salvado el

pellejo, según la Madre Superiora, gracias a la intercesión y al poderoso valimiento de la madre fundadora de su congregación. Conociendo, como conozco, los antecedentes "delictivos" de la reverenda, no tengo la menor duda sobre la existencia del milagro. Es la octava sanción de Tráfico que las fuerzas del orden imponen a la contumaz religiosa. La hermana Inés es la única monja del Asilo que tiene permiso para conducir vehículos de motor. Hay que ir todos los días al mercado. No pueden contratar a un conductor por falta de "cum quibus". Me apremian para que hoy mismo haga las gestiones pertinentes para levantar la sanción. ¡Ay, Señor, Señor!

Segunda visita. - Con una disparatada sonrisa en los labios penetra en el salón del trono el pertiguero mayor de la catedral. Le acompaña un sobrino suyo, llamado José Manuel. Éste se va a presentar a unas, según dice, durísimas oposiciones al cuerpo de Oficiales de la Administración de Justicia. Dios tenga compasión del sobrino: Hay doscientas cincuenta plazas vacantes y los opositores pasan de ciento cincuenta mil. Ahí es nada. Me entrega la lista de los señores que componen el tribunal examinador. Entre ellos figura el ilustrísimo señor Presidente de la Audiencia Provincial, don Baldomero Valdés Sonseca, con el cual tuve una trifulca de muchos decibelios a primeros de año. Mala cama tiene el perro, José Manuel.

Tercera visita. - Viene a verme un apuesto mozallete que aparenta tener cumplidos, bien cumplidos creo yo, los veinticinco arios. Tiene cara de ser un buen chico. Me dice que se siente llamado por Dios a la vida sacerdotal. No puede ingresar en el seminario por ser hijo ilegítimo, nacido de una relación adúltera de su padre con una estancquera. Me repite hasta la saciedad: "No sé por qué he de pagar yo pecados ajenos". Le sobra razón. Nuestros padres comieron agraces y nosotros sufrimos la dentera. Trato de conformarlo. Le recuerdo las palabras de Nuestro Señor: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas", pero él insiste en que su vocación es tardía, pero acertada, de buena ley. Solicita la tramitación de la dispensa canónica. Hablaré de este muchacho con don Florentino Valdavida, el rector del Seminario.

Acabada la tercera y la más dolorosa de las visitas de esta

mañana, viene hasta mí Juan Pedro, mi secretario. Dice: -
Ahora va a pasar don Simón, el cura de Rajatila.

Dejóme pensativo el anuncio. Luego dije:

-Sí, dile que pase.

Salió Juan Pedro del salón. Abrió la puerta. Gimieron los goznes. Allí, bajo el dintel, estaba el reverendo señor cura párroco de la imperial villa de Rajatila, don Simón Montesinos. Dijo:

-¿Se puede pasar, Excelencia?

Con una leve inclinación de cabeza le indiqué que pasara. Me cogió la mano para besar el anillo pastoral. No le invité a que se sentara.

-Mira -le dije, poniéndole una mano en el hombro-; tú y yo tenemos que hablar despacio, muy despacio. Sin prisas, ¿comprendes? Non multa, sed multum. Déjame acabar con los que están esperando. ¿Tienes algo que hacer en la ciudad? Carpe diem!

-Está bien, señor obispo. ¿Le parece bien que vuelva a las doce?

-Correcto -respondí. Le acompañé hasta la puerta. Le di una palmadita en la espalda y le dije: -Y si quieres, te quedas también a comer conmigo. Avisa en la cocina.

Cuarta visita.- Cinco señoras, ya maduras, integrantes de la Junta Directiva de la Liga Diocesana Antiblasfemia, vienen a entregarme copia certificada de la encuesta, recientemente realizada en la diócesis, acerca del galopante incremento del vicio de blasfemar. Los resultados globales del sondeo son ciertamente preocupantes. Preocupantes y bochornosos. ¿Por qué diablos blasfeman tanto los españoles? Resumen:

Entre los 70 y los 90 años blasfeman.....un 47'34%.

Entre los 50 y los 70 años blasfeman.....un 72'64%.

Entre los 30 y los 50 años blasfeman.....un 84'03%.

Entre los 20 y los 30 años blasfeman.....un 70'26%.

Entre los 15 y los 20 años blasfeman.....un 68'22%.

Las cinco damitas, vestidas de negro, antes de despedirse, me entregan un lote de objetos y de ornamentos religiosos para las

parroquias pobres de la diócesis. Cosa fina. Mientras se ajustan coquetamente la mantilla y doblan el espinazo para besarme el anillo pastoral, las animo a seguir trabajando por la Iglesia. Ensalzo su valor -mulierem fortem quis inveniet?- y bendigo su trabajo. Me sugieren que, si tal me place, aproveche el diagnóstico de la encuesta para publicar un documento pastoral sobre la plaga social de la blasfemia en nuestro país. No es mala idea. Tengo que madurarla. Tal vez sea mejor dejallo que no meneallo.

Quinta visita.- Un sacerdote de 85 años de edad y más de 60 de ministerio, capellán del cementerio, viene a contarme sus cuitas. Me repite mil veces la misma frase: "No pido nada, Monsenior, no vengo a pedir nada". Se conforma -dice- con que yo le escuche. Qui habet aures audiendi, audiat. Con lágrimas en los ojos me refiere sus agobios económicos. Viste una sotana con tantas lámparas como la Scala de Milán y el palacio de Oriente juntos. Las patillas de las gafas llevan un corsé ortopédico de esparadrapo. Los codos han sido zurcidos con tan poca maestría que las costuras semejan la reproducción cartográfica del delta del Ebro. Con el salario que recibe del erario diocesano apenas puede llegar al día quince de cada mes. La cuesta de cada mes comienza el día siete. Se lamenta de que, con tanta vacuna, tantas medicinas y tanta cirugía, se muere muy poca gente. Antes, con el arancel, se podía vivir. Ahora, los ingresos no salariales dependen de la voluntad de los fieles, como si fueran la propina incierta que se da al camarero del restaurante. No pide que muera más gente. Hasta ahí podíamos llegar. Tan sólo pretende que su obispo no ignore su situación. Trataré de conseguirle algunos estipendios. Quousque tandem abutere, Catalina, patientia nostra?

La sexta y la última visita.- El propietario de una fábrica de chocolates y bombones piensa lanzar al mercado un producto nuevo y revolucionario, registrado ya con la marca de "El Vaticano". El perfil de la cúpula de San Pedro de Roma irá grabado en relieve en cada una de las pastillas. Solicita permiso de la Curia Diocesana para poner en las envolturas, bajo la marca de la casa, este reclamo seductor: "El chocolate de los canónigos". Cinco palabras nada más. A cambio del "Nihil obstat. Imprimi potest", ofrece un sustancioso

donativo para mis obras de apostolado. Ítem más: Durante el próximo curso abastecería gratuitamente de chocolate al seminario conciliar y al asilo de ancianos. Le digo que, estando por medio la panza, la chanza y la pitanza de los canónigos intocables, forzoso es recabar su asentimiento.

El chocolatero ha venido impecablemente vestido. Luce un traje de paño gris con rayitas blancas, una camisa azul celeste con el cuello almidonado, una corbata del color de la miel con fustas, estribos y monturas. No ha venido solo. Ha entrado en el salón del brazo de su señora. Y la señora ha tenido la ocurrencia de venir luciendo un flamante vestido de lagarterana y un peinado que me recuerda a las gheisas del Sol Naciente. Dice que es costumbre de su tierra lucir el traje en ocasiones tan solemnes como ésta. Hagamos un acto de fe creyendo firmemente que esa es la razón. Al dejar el salón el sultán y la sultana de los chocolates, don Juan Pedro, con su habitual gracejo, me dijo:

-¡La última, Monseñor! ¡Albricias, eureka!

¡Vive Dios que la melodía de su anuncio súpome a pan recién cocido con unas gotas de aceite! Respiré hondo. Dentro de mi corazón cansado brotó, como un manantial de agua salarina, el deseo de seguir viviendo. Tenía los músculos entumecidos. Miré a la diestra ya la siniestra. Ningunos ojos podían ser testigos de mi flaqueza. Alcé los brazos como si ensayara un ejercicio de halterofilia y me despecé. Entonces oí de nuevo la voz de Juan Pedro:

-Venga, venga, le espera el señor obispo.

Aquí vino lo mejor. Esencia pura. Vi entonces cruzar la puerta a un anciano de lengua y blanca barba. Avanzaba con dificultad, sacando virutas al suelo con la punta de sus zapatos, apoyado en un bastón con empuñadura plateada. Traía el sombrero de fieltro gris en la mano izquierda, doblados los hombros, húmedos los ojos, temblorosos los labios, torpe el andar. Al verlo, bajé de la tarima. Salí a su encuentro, lo tomé del brazo, lo llevé del salón al ángulo oscuro, de sí mismo tal vez olvidado, y lo acomodé yo mismo en un sillón de terciopelo rojo, estilo Luis XV, habitualmente reservado para los nuncios papales y para los visitantes de alto coturno. Estaba emocio-

nado mi pobre viejete. Hice cuanto pude por serenarlo... y creo que lo conseguí. Me miró entonces fijamente a los ojos sin despegar los labios. Conservo aquella mirada en mi retina y a veces pienso que la sola mirada de aquel hombre bueno justifica por sí sola todos los sinsabores de esta ingrata vida de obispo. Sacó el hombre unas cuartillas del bolsillo de la americana. Me las entregó, diciendo:

-Perdone que haya venido a molestarle. Sólo quiero un pequeño favor: Que lea esto. No quiero nada más, señor obispo. Si aprueba lo que hay escrito, haga el favor de bendecirlo. Es el testamento que quiero dejar a mis hijos y a mis nietos.

Cogí los papeles y leí. ¡Qué gozada! ¡Cuánta sabiduría! Si Cicerón estaba en lo cierto cuando elogiaba a los plataneros - "platanus patulis diffusa ramis" - por su generoso ofrecimiento al paladar de los hombres, también yo quiero brindar a mis sufridos lectores el sabroso manjar de estos pensamientos indulgenciables. Son como la espuma del maná para el yantar de los bien nacidos. No puedo -ni quiero en esta ocasión- renunciar a vestirme con galas ajenas. Verba volant, scripta manent. Pasen y vean lo que el viejo me trajo:

BIENAVENTURADOS los que comprenden mis torpes pisadas y mis manos temblorosas.

BIENAVENTURADOS los que saben que mis oídos han de esforzarse para captar sus palabras.

BIENAVENTURADOS los que parecen conocer que mis ojos no tienen luz suficiente y mis reacciones son torpes.

BIENAVENTURADOS los que vuelven la mirada a otra parte cuando tengo la taza de café entre mis manos y presienten que se me va a derramar.

BIENAVENTURADOS los que con sonrisa amistosa se paran a mi lado para conversar un rato conmigo.

BIENAVENTURADOS los que nunca me dicen: "Eso ya me lo ha contado usted otra vez".

BIENAVENTURADOS los que conocen la manera de hacer retornar agradables recuerdos.

BIENAVENTURADOS los que me demuestran que soy estimado y no me dejan solo.

BIENAVENTURADOS los que conocen la falta de fuerza que yo tengo para llevar mi cruz.

BIENAVENTURADOS los que no evitan encontrarse conmigo y conforman sus pasos a los míos.

No me avergüenza reconocer públicamente que la lectura de estas sabrosas bienaventuranzas me dejó un nudo de emoción en la garganta. Tuve -¡ay de mí!- la imprudencia de preguntarle:

-¿Es usted el autor de estos pensamientos?

Aquel hombre bueno bajó la cabeza. Quedó pensativo. Luego penetró en mi alma con su mirada de patriarca. Sonrió con dulzura. Dijo:

-BIENAVENTURADOS los que no ponen en entredicho mi cansada inteligencia.

Le pagué con la mejor sonrisa con que jamás haya yo sonreído a nadie. Le entregué las cuartillas, le cogí la muñeca y le dije:

-Tenga. Sepa usted que bendigo con toda mi alma estas bienaventuranzas y que bendigo a todos los que las lleven a la práctica. Me ha dado usted, con su visita, una de las mayores alegrías de mi vida.

A eso, no más, había venido a verme. Se quiso arrodillar para que lo bendijera. No consentí que lo hiciera. Más bien era yo el que necesitaba su bendición. A punto estuve de pedírsela. Lo acompañé hasta la puerta del salón, le ayudé a bajar las escaleras y fui caminando a su lado hasta la puerta principal del palacio.

4. Y del sexto, ¿qué?

Pasadas las doce del mediodía don Juan Pedro me anunció que ya teníamos en casa a don Simón Montesinos. Hice de tripas corazón. Lo cortés no quita lo valiente. Me levanté de mi asiento y salí a recibirlo al pasillo. Mostraba un semblante jovial. Nos saludamos de nuevo.

Bene provenisti -le dije.

Vivam melius -añadió él.

Y pasamos al despacho. Juan Pedro, siempre tan discreto, desde la puerta me preguntó si lo necesitaba para algo.

Espera un poco -le dije. Invité a don Simón a quedarse a comer con nosotros. Dijo que bueno, que lo que fuera del agrado de mi excelencia reverendísima.

-Quod tibi placet, mihi etiam placet -dijo.

-Avisa en la cocina -dije a don Juan Pedro-; el señor cura de Rajatila comerá hoy con nosotros.

Don Simón Montesinos y yo nos sentamos frente afrente, uno a cada lado de la mesa. Le ofrecí un celta corto y lo aceptó.

-Faveas ignem inferre -le dije.

Y con su mechero me dio fuego.

-¿Qué tal? -le dije-, rompiendo el idem.

-Creo que bien, señor obispo; bastante bien, dentro de lo que cabe.

-¿Estás contento en Rajatila?

-Muy contento.

-¿Recibiste la carta que te mandé desde Madrid?

-Claro que la recibí.

-¿Y...?

-De eso me gustaría conversar con usted.

-Hablemos, pues, de eso -dije-. Explicame lo que pasó en la fiesta de la Candelaria.

Don Simón Montesinos puso su cartera portafolios sobre la mesa. Levantó las cerraduras. Sacó un sobre de color caña del tamaño Din-A-4. Volvió a cerrar la cartera. Dejóla en el suelo. Levantó la solapa del sobre. Metió en él tres dedos. Extrajo un manojo de fotografías en color, me las entregó y dijo:

-Excelencia: Vea si tengo o no tengo razón.

Momentos deliciosos los que pasé contemplando las fotografías. Por razones que muy mucho me guardaré de contar aquí, aquellas fotografías despertaron en mí recuerdos gratísimos que nunca olvidaré. En ellas aparecían grupos de hombres, jóvenes y menos jóvenes, ataviados a la usanza de los indios aimaraes. Ceñían su frente con anchas diademas de vivos colores que sujetaban pelucas, sedosas y lacias, de pelo negrísimo. El manto y la paruma eran de colores lisos: azules, rojos, amarillos, ocre, morados... Con un poco más de destreza en el maquillaje, ciertamente chapucero, la fantasía de las rajatilanas habría dejado chiquita la equilibrada policromía de los aimaraes. Se advertía con demasiada evidencia que aquellos rostros, de aristas pronunciadas y mentón de quilla, quemados por el sol mediterráneo y surcados de profundas arrugas, no eran de indios pura-sangre.

Mi atención, naturalmente, se fijó en la pintura de los labios. No había sido dada siguiendo la línea ondulante y sugerente del labio superior ni la minúscula media luna del inferior. La pintura, viscosa y abundante, formaba un círculo negro casi perfecto, como si la autora del desafuero -casada o soltera- hubiera estampado sobre los labios apretados en forma de hocico saliente el marchamo de calidad con el Visto Bueno del Hermano Mayor de la Cofradía. No era preciso estar en posesión de una fantasía exuberante para comprender que don Simón Montesinos había dado en el clavo con su metáfora perruna.

-¿Tú leíste el memorial de agravios que me presentó aquí el alcalde de Rajatila? -pregunté a don Simón, al tiempo que le devolvía las fotografías.

-Demasiado arroz para tan poco pollo -me contestó-. No leí el texto que anduvo de casa en casa para recoger las firmas, pero alguien tuvo el cuidado de sacar una copia y me la entregó.

-Un buen samaritano -dije.

-O una buena samaritana, ¡vaya usted a saber! -añadió él.

- ¿Qué opinión tienes de la carta?

-¿Qué opinión quiere Su Excelencia que tenga? Mis feligreses están en su derecho a protestar. Señalan los únicos españoles que renunciaran al pataleo.

-¿Crees que tienen razón en lo que dicen?

-Creo que, de acuerdo con su manera de ver las cosas, ellos tienen toda la razón del mundo, señor obispo.

-¿Es cierto todo lo que se dice en el escrito?

-Así es, Excelencia. No hay en él nada que sea falso -me respondió el cura de Rajatila con una serenidad pasmosa-. Tan cierto es lo que se dice, que yo mismo lo habría firmado si me hubieran pedido que lo hiciera.

-¿Incluso la petición que hacen de que te traslade?

-Esa es una decisión que sólo compete al Ordinario del lugar. Es tajante, señor obispo, el canon 455 del Código de Derecho Canónico. ¿Quiere que le refresque la memoria? "Ius nominandi et instituendi parochos competit Ordinario loci " .

Sorprendiome -y mucho- el aplomo y la serenidad de don Simón. Su postura y su compostura me ponían en un aprieto. El cura de Rajatila, scieret et volenter, aceptaba plenamente las acusaciones y dejaba en mis manos la difícil tarea de dictar sentencia. Le dije:

-¿Es que deseas cambiar de parroquia?

-Me es indiferente, señor obispo. Haré únicamente lo que Su Excelencia diga. Iré a donde usted disponga que vaya. No dirá que no se lo pongo fácil

-¿Has tenido algún otro problema con los vecinos, aparte, claro está, del incidente de la fiesta?

-Los normales, los que no faltan -ni deben faltar- en ninguna parroquia. ¿Cree usted, señor obispo, que un párroco, que cumpla con su deber, puede estar en paz con todos y todo el tiempo?

— Eso, don Simón, depende en buena medida del carácter, del comportamiento y hasta, si me lo permite, de la mano zurda de cada uno.

-Cierto, Excelencia. Pero sólo se disfruta de paz -de aparente paz- cuando se predicán palabras blandas, cuando se disimulan vicios, cuando se pasan por alto verdades que no deben esconderse debajo del celemín, cuando se hace la vista gorda. Creo que usted me entiende. Nuestro Señor no vino a la tierra a traer la paz, sino la guerra. Son sus palabras. También Él discutía. También Él tenía enemigos. También Él fue asediado, perseguido, calumniado. Al final, ya lo sabe usted, acabó en la cruz. No hay por qué sorprenderse de que los discípulos sigan las huellas de su Maestro.

Nuestra conversación se alargó durante algo más de cuarenta minutos. No voy a decir que me sorprendieran las palabras de don Simón. Los obispos estamos curados de espanto. Quiero, eso sí, dejar constancia de cuán grata y relajante resultóme aquella entrevista. Por un momento pensé que el incidente amoroso de don Simón con la Madre Gerardina pudo ser no más que un triste traspiés, acaecido en un descuido de la divina providencia. Al terminar, le dije:

—Entonces, ¿qué te parece que debemos hacer?

-Como antes le dije, esa es una decisión que sólo compete al Ordinario del lugar.

—¿Qué le parece que debo contestar a los firmantes del memo- rial? Porque quiero que sepas que mi deseo, claro está, es que sigas en Rajatila algunos años más.

—Estoy dispuesto a obedecerle en todo, Excelencia. Esa fue la promesa que hice el día de mi ordenación en Persépolis y estoy dispuesto a cumplirla también aquí. Tan sólo le pido que tenga confianza en mí.

Con esto, y con otras vainas que dejo en el tintero, se pude decir que la entrevista con don Simón había llegado a su fin. Tan sólo nos quedaba buscar a todo trance una salida airosa al "impasse" provocado por los culos de perro. Las tres potencias del alma de don Simón -memoria, entendimiento y voluntad- estaban donde debían estar. Eso, al menos, fue lo que a mí me pareció. Había claridad en sus

ideas y aplomo en sus convicciones. Sin lugar a dudas, me puso en un brete con su lenguaje liso, sumiso, preciso y conciso, aunque tal vez algo remiso y quién sabe si mentalmente incircunciso. ¿Qué diablos podía yo echar en cara al cura de Rajatila si en mis primeros años de ministerio, antes de picar, como un pendejo, en el anzuelo envenenado de mi nombramiento episcopal, también había recurrido a tratamientos de choque muy parecidos al suyo? Le aconsejé prudencia y moderación en el uso de los revulsivos. Recuerdo que le dije:

-Cuenta siempre con mi apoyo y con mi bendición, con tal de que no te excedas en el tratamiento. Hay que evitar y, a ser posible, prevenir los enfrentamientos con la feligresía. La fe de nuestros cristianos es muy frágil. Y las vacunas son eficaces cuando la dosis está bien calculada y el organismo goza de buena salud. La sabiduría popular advierte que, con frecuencia, el remedio es peor que la enfermedad.

-Excelencia: Créame que un par de revulsivos al año no hacen daño - añadió, sonriente, don Simón.

-De acuerdo, de acuerdo, no me parece mal. Pero hazme un favor: Consulta conmigo antes de tomar medidas que puedan generar tensiones.

-Lo haré de ahora en adelante, Excelencia. Ya sabe: En Rajatila, a rajatabla.

-Amén, así sea -añadí yo.

Antes de salir de mi despacho, me detuve junto a la puerta. Con la mano zurda puesta en el pestillo, cometí una de las impertinencias más desoladoras de mi vida. Le puse la mano derecha en el hombro a don Simón, acerqué la boca a su oreja y le pregunté:

-¿Y del sexto, qué?

-¿Del sexto? ¿De qué sexto? -preguntó él.

-¿De qué sexto va a ser, coño?

Se encogió de hombros, como si realmente no hubiera cogido onda. A punto estuve de mentarle a la madre Gerardina de San Servando para que bajara del burro. No lo hice. No quise estropear el potaje. Así es que, para salir airoso de donde nunca debí meterme, le di una palmada en la espalda y dije:

¡Del sexto de caballería!

Volvió a encogerse de hombros.

La presencia de don Simón Montesinos en la mesa supuso una pequeña mejoría en el menú. Nuestra cocinera, la sin par Joaquina de la Jara, descendiente por cierto de una linajuda familia rajatilana, sacó del arca los manteles impolutos de lino con su cenefa de color bermellón y su gran dibujo del bienteveo con las alas desplegadas en el centro. Nos sorprendió con una olla gitana de toma pan y moja, con sus pelotas de morcilla murciana, sus bajocas verdes, sus trocitos de tocino, sus alubias blancas del Barco de Ávila, sus garbanzos de Fuentesauco, sus trozos amarillos de calabaza y sus sabrosas patatas de Cancarix, amén de otras menudencias con las que las benditas manos de la cocinera habían aliñado el condumio. Todo ello, como es de ley, generosamente regado con vino de la tierra y salpicado con las jugosas aceitunas machacadas de las que tanto presume -y con razón- nuestra cocinera. No estuvo a tono, sin embargo, la conversación predominante, la cual, a requerimiento de mis dos comensales, giró en torno a la reciente Asamblea General de la Conferencia Episcopal. Nihil novum sub sole. Cuidéme y mucho de no levantar la liebre, convencido como estoy de que "non est danda afflictio afflictio". La entrevista mía con Monseñor Montoya y Montoya en los madriles se conservaba como oro en paño en la urna de mi memoria, cerrada con siete llaves. Acabada la comida y rezada la acción de gracias, pedí a don Simón que pasara de nuevo a mi despacho para rematar la faena.

-Simón -le dije, mientras nos dirigíamos a mi despacho-, vamos a buscar una salida decente a la situación, un "quid pro quo", de modo que no haya vencedores ni vencidos. Comprende que tampoco yo puedo hacer la vista gorda a todo lo que dicen tus feligreses. Dime tá qué se te ocurre.

- -De momento, nada, Monseñor. Tendría que pensarlo.
-A mí se me ha ocurrido algo que ni yo mismo sé si será posible llevarlo a la práctica.

Nos sentamos ambos a este lado de la mesa de mi despacho. Encendimos un celta corto, arrimé el cenicero y dije:

-Decía yo..., de ofrecer un pequeño desagravio a tus parroquianos, con el fin de acabar con el último rescoldo que haya podido quedar en Rajatila.

-Si el rescoldo, o el resentimiento de la gente, es contra mi persona, no creo que merezca la pena tomarlo en cuenta -dijo él. Y me pareció adivinar un pelín de soberbia en la humilde respuesta de don Simón. (No hay peor soberbia que la humildad de garabato).

-Contra tu persona, contra tu ministerio o contra el clero en general. Me da lo mismo. Entiendo que debe hacerse algo para olvidar el mal recuerdo de la fiesta. Mi plan sería el siguiente. Escucha: Proponer a las fuerzas vivas de Rajatila -don Simón arqueó las cejas- que se repita la fiesta de la Patrona en una fecha libremente elegida por los vecinos, y celebrarla con la misma solemnidad o, a ser posible, con mayor boato que el día dos de febrero. Yo iría con muchísimo gusto a concelebrar la santa misa contigo y se harían, creo y espero, las paces definitivas. Quid tibi videtur?

-Así, a bote pronto, como suele decirse, no sabría qué responderle, Monseñor. Si a usted le parece bien, a mí también me parece bien. Quod tibi placet, mihi placet. A mis feligreses, sin duda alguna, les gustará.

-Supongamos -dije- que a las fuerzas vivas y al pueblo de Rajatila les parece bien la idea del obispo. ¿Qué fecha sería, a tu parecer, la más adecuada?

-No sé..., tal vez en mayo, por tratarse de una fiesta de la Virgen.

-¿Y dentro del mes de mayo?

-Tal vez el día de las primeras comuniones. Imagínese la satisfacción de que sus hijos reciban la primera comunión de manos del señor obispo. Sería el acontecimiento más importante de toda la historia de la imperial villa de Rajatila.

En eso quedamos. Don Simón Montesinos y mi menudencia reverendísima, a pesar de los pesares, habíamos conversado como viejos amigos. Es cierto, sin embargo, que sobre nuestras cabezas sobrevolaba, como una mosca borriquera, la sombra de la Madre Gerardina de San Servando. Nos pusimos de pie, le estreché la mano,

puse las mías sobre sus hombros, le miré de frente y le dije:

-Eres un tío con dos pares de cojones -don Simón hizo un respingo, echó la espalda hacia atrás y me miró sorprendido-. Mañana mismo escribiré al señor alcalde de Rajatila y le propondré la repetición de la fiesta. Si acepta, ya nos pondremos todos de acuerdo para ultimar detalles. Vamos a echar la casa por la ventana. Si vienes por Montelíbano la próxima semana, pásate por aquí a ver si ya tenemos respuesta de las autoridades.

-Descuide, Monseñor. Así lo haré. Y ¡gracias!, ¡gracias de verdad!

5. "Menudo pelmazo es este tío"

Al día siguiente de la visita de don Simón llamé a mi secretario y le dije:
-Oye, Juan Pedro, haz el favor.

Sentados junto a la mesa de mi despacho, bajo la mirada aguilina de un óleo colosal de Su Santidad el Papa Pío XII, a la sazón felizmente reinante, relaté a mi estimado y leal secretario los proyectos que don Simón y yo habíamos ideado para desfacer el entuerto de los culos de perro.

-Excelente idea -comentó Juan Pedro.

-Vamos a escribir una carta a don Martín Cabila, alcalde de Rajatila. Prepara el borrador. Quiero decirle esto, esto y esto.

Don Juan Pedro dejó de tomar nota de mi dictado y díjome:

-En vez de escribir al alcalde, ¿por qué no entramos a Rajatila cuando regresemos pasado mañana de Santa Cruz?

Me di con la palma de la mano en la frente como si intentara facturar a un mosquito para la estación del nirvana. Dije:

-Tienes razón, chico; tienes toda la razón del mundo. ¡Ni pasarme por la cabeza! Ponle cuatro letras a don Simón Montesinos y otras cuatro a don Martín Cabila, diciéndoles que el próximo viernes, a media tarde, nos dejaremos caer tú y yo por el pueblo.

Dicho y hecho. Aquí te pillo y aquí te mato. Juan Pedro se puso a la máquina y, aunque sólo escribía a la vieja usanza, es decir, con las yemas de los dedos índices, redactó las cartas en un periquete. Es un portento de la mecanografía diocesana. Hacía algo más de tres semanas que yo me había comprometido a subir a Santa Cruz á bendecir un Hogar de la Edad de Oro, construido por iniciativa de la parroquia para los ancianos de la localidad. Al regreso de Santa Cruz, ningún trabajo nos costaría desviarnos un poco de la carretera general y pasar por Rajatila. De esta manera podría yo conversar vis-

á-vis con sus fuerzas vivas y, si Dios fuere servido, dejar la gaita a medio templar y dar los primeros brochazos del diseño de la fiesta.

Llegó el viernes, Juan Pedro y yo hicimos juntos, al amanecer, la media horeja de meditación. Aquel día tomamos como punto de reflexión el capítulo 20 del Libro 3⁴ de "La Imitación de Cristo" de Tomás de Kempis, que trata del "Reconocimiento de la propia flaqueza y de las miserias de esta vida". Celebré la santa misa en la capilla de palacio. Tomamos un desayuno liviano. Subimos después a nuestros aposentos y nos pusimos la vestimenta idónea para el viaje a Santa Cruz. Nos despedimos de Joaquina de la Jara. Le confirmamos que no vendríamos a comer. Al despedirnos de ella, Juan Pedro le dijo:

-Joaquina: ¡Llama a tu hija, que te traiga el nieto!

Bajamos a la cochera. Juan Pedro, con las llaves del seiscientos en la mano, me dijo:

-Si quiere usted conducir...

-No. Conduce tú -le dije-. Prefiero recogerme un poco para concentrarme. Hay mucha tela que cortar. Así que... a mis soledades voy, de mis soledades vengo, porque, para estar conmigo, me basta mi pensamiento.

-Metafísico está, Monseñor -dijo Juan Pedro, mientras abría la puerta del cochecillo.

Hora y pico tardamos en llegar a Santa Cruz. La ciudad estaba engalanada. Eran otros tiempos. Todo el mundo vestía de fiesta. Los trajes de los hombres olían a membrillo y a alcanfor. Los niños y niñas de los colegios se sumaron al jolgorio de los mayores y agitaban banderas de España y de la Santa Sede. Retumbaron las tracas y los cohetes, voltearon las campanas, asaetearon el aire con vivas al obispo, al Papa, a Cristo Rey, al Lignum Crucis y a toda la corte celestial. Desde Montelíbano habían subido el Consejero Regional de Servicios Sociales y los siete mil directores generales de su departamento. El alcalde de Santa Cruz, los concejales, los maestros, el juez de Primera Instancia e Instrucción, el secretario del Ayuntamiento y otros centenares de etcéteras dieron aquella mañana el do de pecho. Plugo al cielo que la fiesta saliera redonda. Por ser el único

obispo ejerciente en quinientas millas a la redonda, cúpome el honor de oficiar la ceremonia de bendición del Hogar de la Edad de Oro con toda la parafernalia del Pontificale Romanum. Sin quitarme la mitra y con el báculo en la siniestra, dirigí a la concurrencia y en especial a mis proyectos coéteanos, usuarios del nuevo establecimiento, un brevísimo saludo. Ellos se sintieron en el deber sagrado de dame la enhorabuena por la hondura y la belleza de mis palabras. Nadie sabía que, antes de empezar mi perorata, mis orejas, atentas de cuando en cuando al qué dirán, habían cazado al vuelo la impertinencia bellotera que el secretario del Ayuntamiento de Santa Cruz le había soplado al señor alcalde:

- "Menudo pelmazo es este í"•

Y lo que el señor alcalde le había contestado:

- "A lo mejor hay suerte y acaba pronto".

Comprendo que son gajes del oficio. Hubo suerte y acabé pronto: Mi saludo, que salió, por cierto, de lo más profundo de mi ser, apenas duró cuatro minutos y treinta segundos. Todo un récord de cortesía hacia el poder constituido. Tal vez, para el señor alcalde y para su secretario fueron cuatro eternidades y pico.

Muy cerca de las tres de la tarde nos ofrecieron un soberbio banquetazo, que fue gentilmente servido por las Hijas de María en un salón del Hogar recién bendecido. Aún me picotea la pituitaria el recuerdo de la pintura fresca de las paredes y de las pilastras del salón. Durante toda la comida la banda de música de Montería, contratada para la ocasión por el módico precio de cinco mil pesetas "y comidos ", se entregó en cuerpo y alma a castigarnos con el repertorio completo de todos los pasodobles estrenados desde los albores de la era cristiana hasta nuestros días.

Después de la comida -café, copa, puro y charloteo vano- dio comienzo el desfile procesional y protocolario de las despedidas y de las bendiciones. Yo -¡que Dios tenga misericordia de mí!- estaba deseando salir de allí. ¡Maldita la gracia que me hacen esta clase de inauguraciones a bombo y platillo! A ellas voy -¡qué remedio!- porque son parte, y no liviana, de las servidumbres del Ordinario del lugar, a sabiendas de que los capisayos del obispo, al igual que las

cortinas y los floreros, forman parte de la decoración. Juan Pedro y yo, consumados y consumidos los misterios dolorosos del rosario de las despedidas, nos bajamos con el señor arcipreste de Santa Cruz a la casa rectoral. No se trataba de echar una siestecilla. Conversamos tranquilamente sobre cuanto de humano y divino se puso a tiro. Después de una visita a la santa reliquia del Lignum Crucis, dijimos adiós a Santa Cruz. Todavía nos obsequiaron con algunos aplausos residuales los vecinos de la plaza que nos vieron salir en busca de la carretera. Enfilamos la de Montelíbano y a la altura del kilómetro cuarenta y tantos nos metimos por el desvío de Rajatila. Dije a Juan Pedro:

-Para, cuando puedas.

Frenó mi secretario, soltaron las zapatas un quejido y el coche se paró. Miré al reloj y dije:

-Juan Pedro: Son las seis y cuarto. A ver si a las ocho hemos terminado en Rajatila y podemos salir pronto para casa. Recuerda que esta noche tenemos conciliábulo.

-¿Y si han preparado cena en Rajatila para nosotros? -

No, no; imposible quedarnos a cenar.

Salí del coche y fui a buscar el tupido ramaje de una olivera con el propósito placentero y honesto de aliviar la vejiga. Juan Pedro se remangó también la sotana y aprovechó la pausa para hacer lo mismo junto a un tronco no lejano. Cuando regresamos al seiscientos, le pregunté:

-¿Oyes las campanas?

-Las campanas y los cohetes -respondió.

Eran otros tiempos. Era la contraseña que se daba a los vecinos de Rajatila para que salieran a esperarnos. Más tarde supimos que las operadoras de las centralillas telefónicas de Santa Cruz y de Rajatila habían permanecido en comunicación constante desde las cuatro de la tarde para informar de nuestra salida y de nuestra llegada.

Confieso sin rubor que mi menudencia reverendísima deseaba dejar buen sabor de boca en Rajatila, en sus autoridades y en el pueblo llano. Así es que renové el aire de los pulmones, subiendo y bajando el esternón. Preparé mi ánimo para prodigar sonrisas, saludos, gestos amables, bendiciones, indulgencias y palabras complacientes. Con-

servaba yo sobre mi cuerpo serrano la indumentaria prelatia que había llevado a Santa Cruz: Manteo rojo de largo vuelo, sotana negra con cordoncillos y botones rojos -(lagarto, lagarto!)-, fajín rojo de raso moaré, solideo de seda natural y sombrero negro de ala ancha con cordón y borlas verdinegras. El pectoral y el anillo no me los había quitado en toda la mañana, pues en Santa Cruz, como en toda tierra de garbanzos, la piadosa mujer buena, la del alma nazarena, no se hartaba de ganar indulgencias con el ósculo de paz al anillo pastoral de mi excelencia reverendísima. Cuando avistamos desde el portillo las primeras casas de Rajatila, a Juan Pedro se le escapó una exclamación:

- ¡Arreal

Filas interminables de hombres, de mujeres y de niños escoltaban la carretera. Sin embargo, la llegada del seiscientos los dejó fríos, tal vez porque la idea primaria que los cristianos tenían de nosotros era demasiado voluminosa para ceñirla a la escasa capacidad de un modesto utilitario. (Sorpréndeme, a decir verdad, que a la operadora de Santa Cruz se le olvidara informar a su colega de Rajatila sobre la marca, el color, la matrícula y el número de ocupantes de nuestro vehículo.) Rogué a Juan Pedro que parara donde estaba el gentío. Cuando eché pie a tierra, el viento movió el manteo y las farolas rescataron el brillo opaco de mis capisayos. Entonces sonaron palmas, echaron vivas a la Virgen de la Candelaria y estos oídos míos que un día no lejano se tragará la tierra oyeron la voz de un energumeno que se desgañitaba gritando:

- ¡ ¡ ¡ Muera don Simón

¡Pobre diablo! Era un tenor sin escuela. Nadie le hizo caso. El recibimiento fue de los que marcan un hito en la historia del pueblo llano. Juan Pedro y yo quedamos aprisionados -¿he dicho aprisionados?--; quedamos apisonados en medio de la multitud que empujaba sin desmayo para ver y palpar a un obispo de carne y hueso. Se redoblaron las palmas y los vivas. Sobre las palmas y sobre los vivas retumbaba el estruendo de los cohetes. Mi secretario y yo, aturdidos en tan desigual combate, temimos por nuestra supervivencia. La feligresía andante -andante y acosante- pugnaba por llegar hasta mí.

Como Dios es bueno, mi sonrisa salió indemne de la porfia.

Las fuerzas vivas de Rajatalia se abrieron paso gracias al bastón del alguacil que actuaba como un bisturí sobre la compacta masa humana. Don Simón Montesinos fue el primero en saludarme. Se puso a mi lado y fue presentándome, uno por uno, a los elementos más conspicuos de la villa:

-El señor alcalde...

-El secretario del ayuntamiento...

-El cabo de puesto de la guardia civil...

Así, hasta noventa fuerzas vivas.

Terminada la letanía de las presentaciones protocolarias, se acercó a saludarme el alguacil de Rajatila. Mostraba una luminosa sonrisa de felicidad por haber despejado tan eficazmente a la multitud. Yo, durante el trámite de las presentaciones de rigor, había conservado el solideo puesto y había sostenido el sombrero en mi mano izquierda. El bueno del alguacil, después de besarme el anillo con reverencia, acercó sus labios a mi oreja y con un hilito de voz, que sólo yo percibí, me dijo:

-Señor obispo: Se le ha quedado el forro del sombrero en la cabeza.

Le agradecí su gentileza y, por no desairarle, me coloqué el sombrero sobre el solideo. Se fue tan pancho.

Habíamos parado frente al portón de acceso a la almazara. Sobre la fachada, de un blanco hiriente, se veía una imagen de la patrona de Rajatila, grabada en color ocre y azul en unos baldosines de cerámica talaverana. Debajo de la imagen podía leerse: "Almazara de Nuestra Señora de la Candelaria". Echamos a andar carretera abajo al paso lento y comprimido que consentía la agresiva marejada. Don Simón Montesinos caminaba a mi derecha y don Martín Cabila a mi izquierda. Ambos, de cuando en cuando, se cruzaban miradas de compromiso. No podíamos hilvanar conversación alguna. Los niños y los no tan niños corrían de un lado a otro de la carretera, envolviéndonos en unos remolinos de gente que nos obligaban a caminar en permanente zig zag. Pasadas las Cuatro Esquinas, avistamos la Plaza del Reloj. Dije a don Martín Cabila, alcalde de Rajatila:

-Me gustaría, si es posible, conversar un rato con usted. -Con mucho gusto, Excelencia.

-¿Le parece bien cuando salgamos de la iglesia?

-Cómo no, Excelencia; cuando salgamos de la iglesia. -
¿Dónde?

-Donde Su Excelencia quiera.

Mi excelencia no sabía en aquel momento cuál sería el lugar idóneo para conversar con el regidór de la villa. Le sugerí que podríamos hacerlo en la casa cural. Asintió; si de buena o de mala gana, no lo sé. No hizo mohín alguno. Las campanas de la iglesia se habían vuelto locas. Don Simón Montesinos me comentó que los mozos del reemplazo de aquel año se habían reservado el derecho exclusivo a voltearlas. Arreció el estruendo de los cohetes. Cuando nos faltaban unos 50 metros para llegar a la iglesia, la muchedumbre nos tomó la delantera y comenzó a correr para coger un buen sitio en el templo. El acto religioso fue breve. El coro parroquial, formado por un centenar de voces, blancas y graves mitad y mitad, cantó la Salve a la Virgen de la Candelaria. Yo recité la oración, el pueblo contestó amén, y, por último, rubriqué la ceremonia con la triple bendición del obispo. Brotó entonces a lo largo del recinto sagrado un murmullo creciente de voces que no pudieron sofocar ni los severos siseos de los concurrentes ni la petición de silencio que hacía don Simón. Un gracioso, apoyado en la cancela del atrio, gritó:

-¡ Que hable el señor obispo!

En mi doliente humanidad gravitaban todavía los humores soporíferos de la comilona de Santa Cruz. No estaba mi mollera en trance de alumbrar ideas ni de poner a prueba los dones que Dios me dio. Don Simón me dijo:

-Diga usted dos palabras, aunque sólo sean dos palabras. De lo contrario, podrían darse por ofendidos.

Don Simón y yo habíamos subido los dos peldaños del presbiterio. Me volví de cara a la feligresía. Se multiplicaron los siseos imponiéndose el silencio unos a otros. Les dirigí unas palabras de saludo, para decirles que agradecía el recibimiento, que me sentía muy feliz de estar en Rajatila y que, dentro de poco tiempo, les haría

una visita más reposada. Tres veces me interrumpieron con aplausos. Consumí tres minutos y veinte segundos, según el control que solía hacer Juan Pedro con su cronógrafo. Don Simón Montesinos anunció a la concurrencia que podía volver a sus casas, porque el señor obispo se iba a retirar a la casa cural para conversar con las autoridades. Del presbiterio pasamos a la sacristía, y de la sacristía, por una escalera de caracol, subimos al patio de la casa cural. Las fuerzas vivas de Rajatila se sentaron a la puerta de la casa rectoral, en el centro de un jardincillo rectangular y sediento que allí se muere de pena. Don Martín Cabila y yo pasamos al despacho de don Simón. Lo primero que hicimos fue liar un cigarrillo de picadura selecta. Dijo el alcalde:

-Ahora estamos en mi pueblo, Excelencia.

-¡En Rajatila! -dije yo con entusiasmo.

-¿Se acuerda usted de los apuros que pasé cuando fui a verle a su palacio?

-¡Bah! -respondí-; son cosas que pasan.

-Yo, es que soy muy nervioso, ¿sabe usted?, soy muy nervioso. Además, aquel día iba yo de bastante malas pulgas.

Con esto de las malas pulgas podíamos considerarnos metidos en harina. Pregunté:

-¿Qué tal van las relaciones con don Simón?

-Ni fu ni fa -respondió Martín Cabila, alcalde de Rajatila-; tal vez un poco mejor que antes. Pero no, señor obispo, no; don Simón no acaba de gustar al pueblo. No le ha caído en gracia a la gente. Nosotros estamos acostumbrados a otra clase de curas. En estos pueblos así, tan pequeños como Rajatila, no es lo mismo que en la ciudad. Aquí somos un poco más brutos. Vivimos más despacio y no se pueden atropellar las costumbres de la noche a la mañana.

-Usted, personalmente, ¿qué opina de don Simón?

-¿Le digo lo que siento?

-Dígame lo que siente.

-Le voy a decir la verdad: Yo creo que don Simón es demasiado cura para este pueblezuelo.

-¿Demasiado? No le entiendo, señor alcalde.

- Demasiado, porque, como le he dicho, aquí, en Rajatila,

somos bastante brutos. Se nota que don Simón es un hombre de muchos libros y de mucho saber. Pienso que tiene madera para otros cargos de más categoría. ¿Se da usted cuenta de lo bien que tira este tabaco?

-Sí que tira bien -respondí-. ¿Y ustedes insisten en que don Simón debe salir de Rajatila?

-No me gusta, señor obispo, que me haga usted esa pregunta. Pero ya que me la ha hecho, se la voy a contestar. Esa era la voluntad del pueblo cuando se recogieron las firmas. Ahora parece que se han remansado las aguas, pero nos queda aquí dentro un resquemor que costará Dios y ayuda borrarlo.

-Esto es lo que yo quiero que se borre. Mire usted, señor alcalde -le dije, mirándole fijamente a la cara, después de lanzar al aire una bocanada de humo-: Rajatila tiene hoy día uno de los mejores curas de la diócesis de Montelíbano. Estoy seguro de que dentro de un par de años ustedes mismos irán a palacio a darme las gracias por haberlo mantenido aquí. Vamos a dar tiempo al tiempo.

-No digo que no, señor obispo. Pero también le digo que los rajatilanos no olvidan tan fácilmente las ofensas. Fue demasiada afrenta llamarnos culos de perro, y más, habiendo como había, tantos forasteros en la iglesia. ¿Usted sabe la guasa que se trae la gente de los pueblos vecinos? En cuanto ven por esos lugares a un rajatilano, les falta tiempo para gritar: "¡Ahí va un culo de perro!" Veremos quién nos quita de encima ese sambenito.

-En eso tienen ustedes toda la razón del mundo. Ya le dije a don Simón que no me había gustado lo que dijo y, menos aún, la ocasión en que lo dijo.

-Lo malo es, señor obispo -añadió el alcalde-, que el daño está ya hecho y no tiene fácil remedio. Palabra y piedra suelta no tienen vuelta, como luego dicen.

-Vamos a poner todos algo de nuestra parte para remediarlo, y lo pasado, pasado.

-¿Y qué podemos hacer nosotros? -preguntó Martín Cabila, alcalde de Rajatila, encogiéndose de hombros.

-Queriendo -dije-, todos podemos hacer algo. Yo he pensado

mucho en todo lo que ustedes me dicen en la carta y se me ha ocurrido algo que no sé si será o no será del agrado de los vecinos. Por cierto -añadí-; tengo que darle un tirón de orejas al doctor Ezequiel Padilla. Pero, dejemos esa cuestión, que es harina de otro costal.

-Si se puede saber qué es lo que a usted se le ha ocurrido...

-Se trataría pura y simplemente de repetir la fiesta de la Candelaria en el mes de mayo. Es decir, señor alcalde: Vamos a celebrarla como si no hubiera valido la fiesta del dos de febrero, como si la fiesta del dos de febrero hubiera sido un ensayo sin mucho acierto.

-¿Usted sabe, señor obispo, el dineral que se necesita para montar una fiesta como esa?

-Se puede prescindir de algunos actos menos necesarios, se pueden recortar algunos gastos. Es cuestión de proponérselo.

-Es que, señor obispo, si se recorta mucho, ya no será la fiesta de la Candelaria de Rajatila. Será otra cosa.

-¿Por qué no? -insistí-. Incluso he pensado que la fiesta podría coincidir con las primeras comuniones de los niños. Vendría yo mismo a celebrar la misa, y daría yo mismo la comunión, y predicaría yo mismo el sermón de la Patrona, y podrían asistir los hombres y los mozos vestidos de indios. Todo eso, sin cobrar un céntimo, por supuesto.

Le hicieron chiribitas los ojos a Martín Cabila, alcalde de Rajatila. Comprendí que lo tenía en el bote.

-Una niña mía -dijo- va a hacer hogaño la primera comunión. - Sería un honor para mí, un honor y una alegría grande darle la primera comunión a su hija.

Martín Cabila, alcalde de Rajatila, se removió en su asiento, aplastó la colilla en el cenicero, puso una mano sobre cada muslo, me miró con una sonrisa que traducía la transición de la pena al gozo y dijo:

• -Me gusta el plan, señor obispo. Y creo que al pueblo le gustará aún más. ¿Quiere usted que atemos algunos cabos?

-¡Claro que quiero! ¿Cómo no voy a querer? ¡Si he venido expresamente a esto...!

El señor regidor de la imperial villa de Rajatila se frotó la frente

con la mano zurda y comenzó a tirar de la hebra de sus pensamientos. Dijo:

-El pueblo querrá que haya música y pólvora. Es natural. Usted sabe que por estas tierras no se concibe una fiesta sin banda de música y sin cohetes y tracas. Por Castilla, según parece, no son tan dados a los fuegos artificiales. Eso dice don Simón.

Detúvose aquí Martín Cabila. Afloró a sus labios una sonrisa de nuevo cuño. Miróme. Apretó los labios, como si temiera que se le escapase alguna impertinencia. Al fin, desembuchó y soltó el pistoletazo:

-Y de las pinturas, ¿qué?, ¿qué me dice usted de las pinturas? -¿De qué pinturas?

-La pintura negra de los indios -dijo, riéndose.

-Ya le he dicho, señor alcalde, que ustedes podrán seguir la costumbre de siempre, la costumbre inmemorial, como dice el doctor Padilla en su escrito. ¿No hemos quedado en que lo del pasado mes de febrero no fue más que un ensayo? Vamos a celebrar la fiesta como si aquí no hubiera pasado nada. Nuestra Santa Madre la Iglesia es muy celosa en el respeto a las tradiciones.

Don Martín Cabila, alcalde de Rajatila, no acababa de desenredar la madeja de los nuevos pensamientos que manaban en tropel en su cabeza.

-No sé, no sé... -dijo, en un momento fugaz en el que, por los signos externos de su rostro y por el movimiento de sus manos, deduje que las sombras de la duda se abatían sobre su mente-. Hay que echar un "reparto" para juntar los dineros, y el año ha sido más malo que bueno, señor obispo. Aquí, en Rajatila, entre la sequía y las heladas, nos hemos quedado a dos velas.

-Tenga en cuenta que los gastos van a ser menores -dije-. Por lo pronto, mi participación será completamente gratuita. Además, hablaré con el administrador diocesano para mandarle nuestro granito de arena. Hágase a la idea de que el obispo es un vecino más de Rajatila. A la parroquia y a don Simón tampoco tendrán que darle nada por los servicios religiosos. Yo hablaré con él.

Se hizo la luz en la mollera de Martín Cabila. Dijo:

-No hay más que hablar. ¿Qué día quiere que sea la fiesta?

El alcalde se puso de pie, se acercó a la pared, alzó las faldillas de un almanaque, puso la mirada en los números rojos del mes de mayo, señaló una fecha con el dedo índice y preguntó:

-¿El veintiséis?

¡El veintiséis! -respondí, sin vacilar.

-Creo que no habrá inconveniente -volvió a sentarse-; esta misma noche reunire a los concejales en la casa consistorial. Mañana daremos un bando convocando a todos los vecinos a un plenario de urgencia. Y el domingo, el señor cura que lo diga también en misa.

-De acuerdo. ¿Ha visto qué fácil es ponerse de acuerdo?

Nos pusimos de pie. Antes de salir del cónclave, me dijo Martín Cabila:

-La semana que viene le escribiré para darle cuenta del resultado del plenario. No habrá sorpresas, señor obispo. Conozco a mi gente.

-Espero su carta.

(Otra vez estuve a punto de meter la pata. Está claro que la vocación de obispo no es garantía segura ni de prudencia ni de tino. Cogí del codo al alcalde de Rajatila. Le miré a la cara. Bajé los ojos. Estrujé el pensamiento. Me froté las manos. Quería saber si en materia de faldas don Simón había levantado sospechas en Rajatila. Lo pensé mejor. Contuve el morbo. Solté la mano. Dije:

-Nada, no es nada. Hay más días que longanizas. Otro día hablaremos usted y yo.)

Al abrir la puerta del despacho, acudió don Simón y se oyeron ruidos de sillas en el jardín. Todos se pusieron de pie. Sonrieron todos al ver que Martín Cabila y yo salíamos sonrientes. En aquellos momentos varias jovencitas, rientes y coquetonas, entraban o salían de la casa llevando vasos, trayendo platos, bandejas, botellas, copas y cubiertos. Pregunté a don Simón Montesinos:

-¿Y esto?

-Se han empeñado las autoridades en que meriende usted con nosotros.

-Pero, ¿no te ha dicho Juan Pedro que tenemos prisa y que en

Santa Cruz hemos comido más de la cuenta?

-Me lo ha dicho, excelencia; pero esta gente es así. Acepte, por favor, aunque sean dos bocados nada más.

Pasamos al comedor. Había trece sillas alrededor de la mesa. Parecía que íbamos a celebrar la pascua judía. Una jovencita de amplísima cabellera negra daba los últimos toques, doblaba algunas servilletas y ponía los cubiertos en orden de combate. Nos sentamos. Dijo el alcalde:

-¿No le echa usted una bendición?

Algunos comensales hicieron amago de ponerse en pie. Les indiqué que no se movieran. Tracé una cruz sobre la parte izquierda de la mesa, otra cruz sobre la zona central y otra hacia la derecha. Dije:

-Buen provecho.

-Igualmente -contestaron a coro los presentes.

Al principio los concejales y demás invitados se recataban de meter baza en la charla. Pronto los aperitivos, el vino, la cerveza y la sidra fueron aflojando los músculos bucales hasta desatar una conversación fluida, cordial y expansiva. El plato fuerte de la merendola fue una tarta descomunal, bañada en chocolate, con deliciosos encajes de bolillo de merengue. En la meseta superior había un sendero de crema de color rosa que resumía el sentimiento del pueblo: "Bendiga a Rajatila". Don Martín Cabila, alcalde de la imperial villa, dijo:

-Pártala usted, señor obispo. Es un obsequio de mi señora para usted y para todos los presentes.

La primera cruz que marqué con el cuchillo jamonero redujo la tarta a cuatro partes. La segunda, a ocho. La tercera y la cuarta, a dieciséis. Mientras partía la tarta, todas las miradas, en un gesto de pleitesía a mi menudencia reverendísima, convergieron en el anillo pastoral. En los labios de todos había una sonrisa a mitad de camino entre el halago y la complacencia propia. El veterinario, don Magdaleno, que hacía de hombre bueno, había seguido con devoción los chapuzones del cuchillo. Riéndose de su propia gracia, dijo:

-Estas bendiciones sí que son efectivas.

La merienda acabó jovialmente, animadamente, como si el "allegro", el "mosso", el "molto vivace, ma non troppo" y otras

ordenanzas melódicas hubieran regulado el compás de aquel ágape en la cumbre. Juan Pedro, mi secretario, saturado de esta clase de veleidades de su jefe, había estado en el ínterim conversando con un grupo de mozos en la plaza. Entró a la casa rectoral, cuando comenzaban a escasear las viandas sobre la mesa. Don Simón, al verlo llegar, dijo:

-Pero, ¡hombre!, ¿dónde te has metido?

-Me encanta hablar con la gente del pueblo -respondió.

Todo lo que había que hablar estaba ya hablado. Y todo lo que había que zampar estaba ya zampado. Así es que me puse de pie, me sacudí las migajas que habían caído sobre la sotana, me pasé la servilleta por la boca y les dije:

-Me van a perdonar que les deje. Si quieren algo para Montelíbano... A Juan Pedro ya mí aún nos queda tela que cortar esta noche.

Se pusieron todos de pie como un batallón disciplinado. Salimos a la calle. Repetimos segunda, tercera y cuarta vez los saludos de despedida. Don Simón me trajo el manteo y la teja. Acudieron algunos feligreses a besar el anillo. Juan Pedro y yo nos sumergimos en nuestro pequeño utilitario. Todavía, con el cristal de la ventanilla bajado, se repitieron los adioses y mis bendiciones. Era demasiado tarde cuando dejamos Rajatila. A los veinte minutos de viaje, le dije a Juan Pedro:

-Me ha sentado como un tiro la merienda. Vas a tener que parar.

Paró Juan Pedro el seiscientos en el arcén, junto a un bancal de limoneros. Quedó el manteo y el sombrero sobre el asiento de atrás. Salí del coche como un obús. Una linde cercana me dio cobijo. Viéndome allí en cuclillas, a la escasa y fugitiva luz del sol poniente, acosado por tanta miseria corporal, humillado en lo más íntimo de mi dignidad episcopal, no pude menos que recordar el doloroso trance por el que Martín Cabila tuvo que pasar el día que fue a verme a palacio. Esta vez invoqué, por mí, ante mí y para mí, la compasión del Altísimo. Dije:

-Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam,

et secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam.

Cuando, parcialmente aliviado, volví al coche, dije a mi secretario:

-De buena te has librado. Acelera lo que puedas.

-Recuerde la famosa sentencia de Aristófanes, que usted mismo me enseñó en cierta ocasión -me dijo Juan Pedro. -¿Qué sentencia? No la recuerdo.

Juan Pedro me refrescó la memoria. Dijo:

-"¡Oh, hombre, considera tus respiraderos y humíllate!" Cuatro o cinco minutos después tuve que pedirle que parara de nuevo. Pasábamos por tierra de cultivo de cereales. No había trenque en las cercanías ni linde que me tapara. Me situé en un pequeño hondón de escasa profundidad con menoscabo de mi reverendísima dignidad. Antes de llegar a Montelíbano fue preciso rezar la tercera estación. Juan Pedro sufría tanto como yo, pero su dolor era condolencia. No es lo mismo padecer que compadecer. Serían las nueve y pico de la noche cuando llegamos a palacio. El portero, al vernos entrar, se acercó a la ventanilla.

-¿Cómo se encuentra, señor obispo?

No era el momento adecuado para dar explicaciones. Salí del coche como alma que lleva el diablo. Enfilé la escalinata en busca de nuestras habitaciones particulares. El portero me seguía los pasos, como un cobrador de morosos.

-Pero, ¿se encuentra mal, señor obispo?

-¿Por qué me lo preguntas?

-En Rajatila -respondióme el portero, picoteando las sílabas con sus nervios afilados-, en Rajatila están en cama todos los que han comido la tarta con usted. Han llamado por teléfono a ver si usted también se encontraba mal.

No pude contenerme (¡Perdóname, Señor!). De mis labios se escapó, sin yo querer, una jaculatoria poco indulgenciable:

- ¡Estos culos de perro...!

En el pasillo, Juan Pedro escuchaba el último comentario del portero:

la tarta. -Por lo visto, para darle color, echaron un puñado de anilina a

Desde el otro extremo del pasillo me llegaba la cancioncilla con la que nuestra cocinera, Joaquina de la Jara, enseriaba el zapateo a su nieto:

Lego Diego, lego Diego,
din don dan, din don
dan; toca ya a maitines,
toca ya a maitines,
din don dan, din
don dan.

Para maitines estaba yo!

6. Sic transit gloria mundi

A la semana siguiente del infame percance tártaro recibí un larga misiva de don Martín Cabila, alcalde de Rajatila. Llevaba el membrete del excelentísimo ayuntamiento de la imperial villa. No quiero cansar al paciente lector. Así es que voy a transcribir el extracto elaborado sesudamente por mi secretario y amanuense:

1º) La reunión del señor alcalde con sus concejales se había celebrado en un ambiente cordial, casi eufórico. Todos habían acogido mi propuesta con entusiasmo.

2º) Por acuerdo unánime de todos los ediles del municipio, acuerdo que constaba en el libro de actas, se había pregonado un bando por el cual se invitaba a todos los vecinos de Rajatila, y especialmente a los cabezas de familia, a una asamblea general que debería celebrarse (y se celebró) en los corrales del cine de verano.

3Q) La única objeción que algunos vecinos habían formulado a la repetición de la fiesta de la Candelaria se basaba en la mala situación económica del pueblo, provocada por la sequía y por las heladas.

4) Se había aprobado por aclamación y con aplausos la repetición de la fiesta de la Candelaria, con la condición expresa de que el señor obispo habría de cumplir con todo cuanto había prometido al señor alcalde.

5º) Don Simón Montesinos, el cura en cuestión (quiero decir el cura cuestionado), causante del litigio, había asistido a la asamblea y había animado a todos los presentes a secundar los deseos de mi excelencia reverendísima. Item más: En las misas del domingo siguiente a mi visita a Rajatila, había explicado a los feligreses las mismas ideas que Martín Cabila había expuesto en la asamblea general del cine de verano.

6º) Se acordó mandar a la imprenta un programa de lujo, el

cual debería distribuirse por los pueblos vecinos, a fin de acabar, en lo posible, con el recuerdo perruno del pasado mes de febrero.

7Q) Se había fijado, con carácter definitivo, la fecha del veintiséis de mayo del año en curso para honrar a la Virgen de la Candelaria. El mismo día, y dentro de la misa mayor, que oficiaría el señor obispo, recibirían su primera comunión los niños y niñas de Rajatila.

Al final de su carta, con palabras que parecían lamentos del profeta Jeremías, el señor alcalde, en su nombre propio y en el nombre de su cónyuge, me pedía disculpas por las nefastas consecuencias que habíame acarreado la descomunal tarta. En una postdata de la misiva me rogaba que le enviara una fotografía dedicada, para ponerla en una de las portadillas del programa de festejos. Para que no cayera en el olvido, al terminar la carta tiré del pomo de uno de los cajones de mi mesa de despacho y saqué una fotografía de tamaño postal, de las que me hicieron el día en que fui consagrado obispo. O tempora! O mores! En ella aparezo vestido de capisayos, con cara de niño bueno, con una sonrisa que la modestia me impide ponderar y con un aire de frescura juvenil mucho más seductor del que ahora presento. Cogí la estilográfica y escribí en el ángulo inferior del lado derecho: "A mis amadísimos hijos de Rajatila, con todo mi afecto, y con mi bendición." Luego tracé esa crucecita que los obispos solemos poner delante de la rúbrica y firmé: Magdaleno Pertejo y Cantalapedra "

Todo lo demás fue coser y cantar. Unos días más tarde vino a verme don Simón.

-¿Qué tal? ¿Estás contento?

-A medias, no más -me respondió.

-¿A medias? ¿Por qué? No vayamos a echarlo todo a perder. Debemos ser comprensivos con ellos. No quiero ser un aguafiestas para tus planes de apostolado en Rajatila. ¡Dios me libre! Al contrario, quiero dejarte el camino libre y devolverte la confianza de tus feligreses.

Las dudas de don Simón eran dudas de menor cuantía. No mermaron su esfuerzo por el esplendor del festejo. Y sé de muy buena tinta que arimó el hombro y trabajó con entusiasmo, codo con codo,

con la Comisión de Fiestas. No volvimos a vernos hasta el día veintiséis de mayo.

El día veintiséis de mayo de aquel año inolvidable, al que también me devuelve de cuando en cuando la congoja de la nostalgia, Juan Pedro y yo salimos temprano de Montelíbano. Los habitantes de Rajatila nos recibieron como entonces solía ser recibido el Jefe del Estado. El pueblo -según se dijo- jamás se había visto tan engalanado como aquel día. Las autoridades, de punta en blanco, los niños y las niñas de primera comunión, la banda de música, las cofradías cuaresmales con sus banderas y con sus estandartes, el vecindario en pleno, nos esperaban en la puerta de la almazara, allí donde acaban las eras de la trilla y comienzan las tierras de secano. Todos los hombres -casados o solteros- vestían con gallardía la indumentaria de los indios aimaraes. Sentí una honda vibración de espíritu cuando palpé la buena fe, la sencillez, la naturalidad con que lucían sus parumas hasta media pierna, sus mantos de mil colores, sus pelucas lacias, negras y brillantes, sus sandalias de cuero crudo, sus collares de menuda bisutería. Jamás una sotana desentonó tanto como la de don Simón y la mía en medio de aquella muchedumbre transfigurada.

En la puerta de la almazara los encargados del orden, con sus brazaletes ad hoc, pusieron en marcha la comitiva que iba encabezada por la blanca angelical de los neocomulgantes. Los varones, con su indumentaria tropical, sus pinturas inmemoriales y un insólito rigor y aplomo, desfilaron en fila india a uno y otro lado de la calzada. Más al exterior, grupos compactos de forasteros y de mujeres avanzaban al mismo paso que los aimaraes. El desfile se cerraba con el empaque de las autoridades y la aturdida humanidad del que esto escribe. Más atrás venía la banda de música y el anárquico batallón de la chiquillanía incontrolable.

Durante los primeros cincuenta metros fui repartiendo bendiciones a diestro y siniestro. Luego, mi mano se cansó y buscó la compañía de la otra mano a la altura del fajín. Con ellas entrelazadas y acariciando la cruz pectoral, me acogí a mis pensamientos. Nos llegaba, cada vez más cerca, el voltear desenfrenado de las dos campanas de la torre. Crujían allá arriba los estampidos de los cohetes.

La banda de música por un lado, y los cofrades por otro, se disputaban el espacio aéreo con sus marchas marciales y con sus himnos. Los profesionales del tambor, del saxofón, de la trompeta y de los platillos, desentrenados para una ocasión tan ambigua, atacaron con timidez los primeros compases de un pasodoble. Tuvieron que cortar en seco. Don Martín Cabila, alcalde de Rajatila, levantó su vara y advirtió con enojo al director de la charanga:

-¿Para eso les hemos pagado? ¿No les dije que no tocaran pasodobles cuando fuéramos con el obispo?

El repertorio de la banda debía de ser tan escaso o tan ajeno a la circunstancia, que los músicos dejaron los instrumentos a media asta y caminaron con los brazos caídos. Cuando llegamos a la plaza, el bronce de las campanas echaba fuego. Los mozos del reemplazo de aquel año, en pleno uso todavía de su libérrimo albedrío, las hacían girar como si fueran de cartón. La iglesia estaba de bote en bote. Martín Cabila, alcalde de Rajatila, me abrió paso. Don Simón, atento a las pequeñas rúbricas de la liturgia, me ofreció agua bendita con el hisopo que un monaguillo extrajo de una caldereta de cobre. Aspergé a los que estaban a mi alrededor y me persigné como mandan los cánones: Llevándome el hisopo a la frente, al pecho, al hombro izquierdo y al derecho. Cuando se lo devolví a don Simón, éste, con una sonrisa de patriarca feliz, me dijo:

-¿Qué le parece?

Me detuve junto a la pila del agua bendita. Alcé la mirada. Contemplé la solemne belleza del templo. Las pilastras, de arriba abajo, estaban cubiertas con gallardetes de damasco. El altar mayor parecía un ascua. La imagen de Virgen de la Candelaria presidía el retablo principal; emergía de una montaña de claveles blancos y rojos. La iluminación era tal vez excesiva. Dos baterías de focos potentísimos arrojaban haces de luz hacia el rostro de la Patrona y lo hacían casi transparente. Los niños y las niñas de primera comunión -catorce y diecisiete, respectivamente- estaban ya situados junto a los peldaños del presbiterio, acomodados en tres filas de reclinatorios, tapizados de raso blanco y adornados con ramilletes de claveles blancos, cogidos con imperdibles. Todos los ojos escudriñaban los míos, tratando de

adivinar cuánta era la sorpresa y cuánto el gozo mío al palpar tanto derroche de fe. Una emoción contagiosa sacudía en aquellos momentos el corazón de cuantos, en aquel momento de gloria, abarrotábamos el templo. Algunas mujeres enjugaban ya lágrimas tempranas y silenciosas. Los críos se habían encaramado a los altos basamentos de las pilastras y a las escaleras del púlpito, que también había sido engalanado. El armónium, apenas crucé la cancela, comenzó a derramar por el templo la fragancia sonora del himno pontificio. El rostro del alcalde y el de los concejales eran la estampa viva de la dicha terrenal.

Pasamos a la sacristía. Las autoridades se despidieron en silencio con una leve inclinación de cabeza. Se ubicaron en sitials de honor entre los neocomulgantes y la muchedumbre. Don Simón recogió mi manteo y mi sombrero. Un monaguillo, con sotana roja y muceta de armiño, me ofreció agua para las manos. Dijo el reverendo Montesinos:

-Va a comulgar mucha gente. Deberíamos ayudarle Juan Pedro y yo a dar la comunión. Pero, claro, todo el mundo querrá recibir la comunión de manos de usted. Díganos qué hacemos.

-Salid a ayudarme cuando hayan terminado de comulgar los niños de primera comunión. Si no, no acabaremos nunca.

Salí al altar para revestirme allí, como está mandado, a la vista de los feligreses. Juan Pedro y don Simón me ayudaron, como dos acólitos de lujo, a ponerme el amito, el alba, el cíngulo, el manípulo y la casulla. Había un silencio cálido dentro del templo. Los niños quedaron encandilados mirando la cara del oficiante y mirando los colorines de aquella vestimenta extraña que, ¡quién sabe!, tal vez formaba parte de la indumentaria festiva de los aimaraes. Juan Pedro, a requerimiento de don Simón, fue a sentarse en el confesionario por si algún penitente de última hora deseaba sacudirse las cascarrias del alma. Montesinos se situó a un lado del presbiterio, y de cara al pueblo cristiano, comenzó a dirigir los cantos y los movimientos -"de pie", "sentados", "de rodillas", "de pie", "de rodillas", "sentados", etc.- de los asistentes.

Tuve que partir la homilía en dos partes: La primera, dedicada

a los adultos. Procuré, en ella, distribuir, como padre de todos, palabras de comprensión, de tolerancia y de amor, para que, de acuerdo con el tópico de los beligerantes en las cumbres, no hubiera ni vencedores ni vencidos, sino armonía, perdón y afecto de unos hacia otros bajo el manto de la Madre común. Dedicué la segunda parte a aquella legión de ángeles que, por primera vez en su vida, iba a recibir el verdadero cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo. No pasó de diez minutos la homilía. Mis palabras -¡perdona, oh, Dios mío, mi vanidad!- acabaron de caldear el ambiente. En mis ojos convergían las miradas beatíficas de aquel pueblo sencillo que saboreaba internamente, minuto a minuto, segundo a segundo, el goce nuevo de una ceremonia largo tiempo deseada. Vuelto de cara al pueblo, como mandaban los nuevos tiempos, pude comprobar y compartir la intensidad con que todos vivían la misa patronal.

Era imposible presentir la tragedia que se cernía ya sobre la imperial villa de Rajatila. Llegó el momento sublime de la consagración. Sonaron en lo alto de la torre, lentas, solemnes, sugerentes, las tres campanadas de rigor que invitan a los ausentes al recogimiento. Era el momento de alzar a Dios. Un monaguillo repicó la campanilla. Sobre el bordillo superior de los reclinatorios blancos veía yo la inocencia de los rostros sonrosados de los que iban a recibir la primera comunión. Montesinos inclinó la cabeza y se arrodilló en un peldaño del presbiterio. Levanté la tapa de los copones que contenían las hostias sin consagrar, cogí entre el pulgar y el índice de ambas manos la hostia grande, apoyé los codos sobre el altar y comencé a pronunciar las palabras que, según nuestra fe, convertían el pan en el Cuerpo de Cristo:

-Tomad y comed todos de él...

Llegó hasta mis oídos una voz que decía:

-Enciende ya.

-... porque esto...

Sonó un leve foganazo, se encendieron lucecitas blancas, azules, rojas y amarillas sobre la diadema con que una niña adornaba su cabeza. Se oyó un ¡ay! débil y fugaz. El cuerpo de la niña se desplomó sobre los almohadones del reclinatorio. Entorné los ojos y

acabé la fórmula de la consagración:

- ... es mi cuerpo.

Entonces fue cuando el silencio se quebró. Las miradas se alejaron del altar. Una oleada de suspiros y de exclamaciones recorrió las bocas de los presentes. Hice una pausa hasta la consagración del vino y vi cómo el alcalde, don Martín Cabila, tomaba en sus brazos el cuerpo de la niña y se abría paso para alcanzar la calle. Tras él salieron algunas personas. La iglesia quedó anegada en una marea de zozobra y desazón. Consagré el vino del cáliz y continué la misa. Di el ósculo castísimo de la paz a todos y cada uno de los niños y niñas de primera comunión. Exhorté a los presentes a darse también la paz con un abrazo que saliera del alma. Cuando me disponía a dar la comunión a los niños, Juan Pedro, mi secretario, me dijo al oído:

- La niña del señor alcalde está gravísima. El médico ha dicho que es preciso llevarla con urgencia a la ciudad.

Una pesadumbre espesa se aposentó en el templo e impregnó a todos los presentes. El rostro inocente de los neocomulgantes había perdido transparencia. Comulgaron inquietos, distraídos, volviendo la mirada, sin cesar, a uno y otro lado, tratando de medir la dimensión de lo ocurrido. Los hombres, la mayoría de los hombres, mantuvieron fríamente su apuesta figura de indios, pendientes, a la vez, todavía de ganar la partida a don Simón. No tuve humor para recrear la mirada en la pintura negra de sus labios cuando los abrían para recibir el Pan de Dios. Los demás feligreses, antes de recibir la hostia de mis manos, ponían su mirada sobre la mía en un gesto de mutua condolencia. El armónium, que, hasta el momento de la consagración, había sacudido los cimientos del templo con el ardor de sus melodías, comenzó a jadear compases sueltos, presa también de un hipo incómodo y dolorido.

Cuando impartí, al final de la misa, la triple bendición pastoral, los susurros subieron de tono. Los niños y niñas de primera comunión renovaron al pie del altar las promesas del bautismo. Recitaron a coro su consagración a la Virgen. Como despedida y recuerdo, entregué a cada uno un libro y una medalla. Don Simón tomó el obsequio de la hija del alcalde para entregárselo después.

La sacristía estaba abarrotada de gente. Tuvimos que pedir licencia para llegar hasta las cajoneras, junto a las cuales debíamos recuperar nuestra indumentaria de calle. Las autoridades, sin el alcalde, me rodearon en silencio.

-¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha sido? Díganme, díganme lo que ha pasado.

El secretario del ayuntamiento de Rajatila, don Marcelino Benavente, se adelantó a los demás.

-Algo desagradable, señor obispo; muy desagradable. La hija del señor alcalde llevaba en la cabeza una diadema de flores blancas y entre las flores unas bombillas pequeñas, para que se encendieran en el momento de la consagración y después de haber comulgado. Era una sorpresa.

Se me cayó el alma a los pies. Dije:

-¿Y cómo se encendían? ¿Cómo pueden una pilas soltar una descarga tan brutal de energía?

-No eran pilas, señor obispo. Se encendían con la corriente eléctrica de la iglesia. Habíamos conectado un cable a la instalación del altar de Nuestro Padre Jesús Nazareno. La niña sólo tenía que apretar el interruptor que su padre había colocado entre las flores del reclinatorio. Ya lo han hecho en otras ocasiones. Nunca había pasado nada. Según parece -añadió tristemente el secretario- la chiquilla ha sufrido una descarga en la cabeza.

Todos nos sentíamos incómodos y desolados. Los concejales no sabían qué decisión tomar. Los familiares de los niños que habían recibido la primera comunión abandonaron la iglesia con pesar y marcharon a sus domicilios a celebrar la fiesta. En la plaza se formaron corrillos. Las mozas, algunas mozas, se divertían con moderación a costa de los muchachos aimaraes. Entre los turroneiros y demás feriantes corría ya el temor de que la fiesta verbenera quedara suspendida. Don Simón nos invitó, a las fuerzas vivas que quedaban allí, a Juan Pedro y a mí, a tomar un refrigerio en su casa. Oí que alguien dijo:

-Porque se trate de la hija del alcalde, no vamos a suspender la fiesta

Tampoco faltó quien quiso dejar constancia de su nobleza: -Sea o no sea la hija del alcalde, está feo que siga la fiesta como si aquí no hubiera pasado nada. Tiene que haber un respeto.

Finalmente, otra voz añadió:

-A lo mejor no ha sido más que un susto.

En esa encrucijada estábamos. Subimos a la casa cural. Nos sentamos en el comedor, con las sillas más cerca de la pared que de la mesa. En la puerta se aglomeró un gentío que iba a más y a más, según iban pasando los minutos. Todos venían en busca de noticias ciertas ya la espera de un acuerdo de los concejales. Yo me encontraba deprimido, sin saber si lo prudente era opinar o lo prudente era callar. Tampoco mis acompañantes quisieron pedirme parecer.

Así permanecemos, oyendo y diciendo frases sueltas de dolor y de zozobra. Sonó el teléfono en el despacho de don Simón. Acudió él a atender la llamada. Enseguida salió al pasillo y me pidió que pasara. Oí entonces la voz de un hombre que sollozaba a gritos:

-Dígame, dígame -grité yo también.

- ¿Es el señor obispo?

-Sí, sí, soy el obispo. ¡Dígame!

Sonó otro sollozo que me puso la carne de gallina. Insistí: -

Dígame, dígame, ¿Cómo está la niña?

- La niña acaba de morir -contestó, gimiendo, don Martín Cabila. Y se desató en un llanto amargo y varonil. Traté de darle ánimos. Sólo me contestó:

-No suspendan la fiesta. Nadie tiene la culpa de esto.

- No piense ahora en eso -le dije-. Aquí estamos todos pendientes de lo que ha ocurrido a la niña. Todo el pueblo de Rajatila está con usted y con su señora.

Se hizo otro silencio. Volvió a oírse la voz de Martín Cabila: -Señor obispo.

-¿Qué quiere? Dígame, don Martín. Le oigo.

-Dice mi señora si usted quería oficiar el entierro de la niña. ¡Ya que no ha sido posible darle la comunión...!

-Dígale que sí. Claro que sí. Yo me quedaré en Rajatila todo el tiempo que sea necesario.

Cuando dejé el teléfono sobre la mesa, me volví a los que me rodeaban y los encontré a todos abatidos por la pena. Juan Pedro, mi secretario, estaba sentado en un rincón del despacho parroquial. Se cubría la cara con ambas manos. Los que permanecían en la calle habían guardado silencio. Por mis palabras, que les llegaban a través de la ventana que da al jardín, habían comprendido toda la verdad. La noticia se extendió por la imperial villa de Rajatila como una nueva descarga eléctrica que fulminó el gozo de la fiesta. Las campanas doblaron a muerto. Nadie preguntó por quién. Las calles de la aldea quedaron bañadas por un silencio que me dan ganas de llamar cruel. Todo el regocijo de una insólita fiesta patronal quedó reducido a llanto y amargura. A nada.

Sic transit gloria mundi.

Este libro se terminó de imprimir el día 29 de
Enero de 1997,
festividad de San Pedro Nolasco,
en los Talleres de Yecla-Grafic.

LAVS DEO